

Selección



LOU CARRIGAN

JUEGOS DE CEMENTERIO

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

LOU CARRIGAN

JUEGOS DE CEMENTERIO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 440
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 16.202 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

—Espíritu, si estás ahí adviértenos de tu presencia con un golpe.

¡Pom!

El golpe resonó nítidamente en la habitación, que se hallaba sumida en completa oscuridad.

Y en total silencio tras el golpe.

Tan en silencio que durante unos segundos dejaron de oírse incluso las respiraciones de las ocho personas reunidas en torno a la mesa.

Luego:

—Espíritu, te rogamos que sigas afirmando a nuestras preguntas con un golpe, y negando con el silencio. ¿Puedes en el largo y oscuro camino de la muerte? Sabemos que hay espíritus burlones que pretendían engañarnos. ¿Eres tú uno de elfos?

Silencio.

—Gracias. Deseamos que te incorpores cuanto antes a la Dulce Eternidad de la Muerte de un modo definido, pero mientras tanto no encuentres la Luz que te guiará al final destino te rogamos que nos ilumines a nosotros. ¿Puedes complacernos?

¡Pom!

Unos segundos de silencio. Luego, la misma voz:

—Tenemos con nosotros a un espíritu benéfico llegado del Más Allá complaciendo nuestra llamada. Hermanos, podéis comenzar con vuestras preguntas. Pero recordad que el espíritu sólo podrá contestar negativa o afirmativamente, sin más diálogo. Empezad.

Hubo otra breve pausa. Luego sonó una voz diferente a la que se había estado oyendo hasta entonces:

—Espíritu: ¿huelen mal los muertos donde tú estás?

¡Pom!

—¿Hacéis vida sexual?

¡Pom!

—¿Realmente podéis gozar del sexo considerando que al poco de morir os convertís en simples huesos y luego en polvo?

¡Pon! ¡Pom!

—Gracias, espíritu. ¡Ahora ya no me importa morirme!

En la oscuridad sonaron unas risitas. Acto seguido se oyó un siseo pidiendo silencio. Y después sonó una tercera voz:

—¿Has visto por ahí el espíritu de quien en la Tierra se llamó

John Fitzgerald Kennedy y fue Presidente de los Estados Unidos de América?

¡Pom!

—¿Te ha contado algo de su vida?

¡Pom!

—¿Puedes decirnos si es cierto que cuando era materia se estuvo tirando a Marylin Monroe?

¡Pom!

—¿Siguen juntos ahí, siguen echando sus buenos polvos?

—¡Sois unos estúpidos! —sonó una voz femenina, irritada—. ¡Siempre estáis pensando en lo mismo! ¿Acaso no sabéis hacer otra clase de preguntas?

—¡Ssssst! —exigieron varias voces a quien había hablado—. Espíritu, no hagas caso a este ser material indigno. Por favor, sigue contestando a nuestras preguntas. ¿De acuerdo?

¡Pom!

—Gracias, espíritu benéfico... Dinos: ¿es cierto que existen los infiernos?

¡Pom, pom, pom!

—¿Alguno de nosotros irá a parar allí?

¡Pom, pom, pom, pom, pom, pom!

—¿Eso quiere decir que hay entre nosotros seres humanos malvados?

¡Pom!

—Nos sobrecoges, espíritu... ¡Estábamos convencidos de que todos éramos buenos muchachos! ¿Seguro que no te has equivocado de reunión?

Silencio.

—¡Qué tristeza, comprobar que hay en este grupo de buenos amigos personas dotadas de un alma negra! Pero puesto que es así, queremos saber quiénes son. ¿Podrás contestarnos si te vamos mencionando sus nombres?

¡Pom!

—Está bien. Empezaré por mí misma. Soy Linda Carlin... ¿Soy mala?

¡Pom!

De nuevo se oyeron risitas,

—¡Silencio! ¡Oh, cuánto me apena ser mala! ¡Espero no ser la única de la reunión! ¿Es malo Evelio

Gómez?

¡Pom!

—¿Y Arnold Murray?

¿Pom!

—Caramba, espíritu, eres todo un incordio... Vamos a ver, estamos reunidas aquí las siguientes personas: tu mediadora, que soy yo, Linda Carlin, y otras chicas, llamadas Felicia Owens, Sarah Vanderlin y Conchita Bermudes; y cuatro muchachos, a saber: Evelio Gómez, Jess Evans, Arnold Murray y Michael Bermudes... ¿Hay entre nosotros alguno que sea bueno?

Silencio.

—¿Quieres decir que los ocho somos malos?

¡Pom, pom, pom!

—¡Pues vaya un espíritu cabrito! —Se oyó una voz masculina—, ¡Dile que se vaya a la mierda y que venga otro, Linda!

—¡Bueno, ya está bien! —Exclamó la misma voz femenina que había protestado antes—, ¡Todo esto...! ¿Eh! ¡Quítame las manos de encima,

asqueroso!

—¿Qué pasa? —Sonó otra voz masculina—, ¿El espíritu tiene manos?

—¡Y además es asqueroso! —dijo otra voz masculina.

—¡Sois unos cerdos! —Protestó la misma voz femenina—, ¡Vamos, encended la luz, ya estoy harta de esta tontería!

Se oyó ruidos de sillas, choques de cuerpos, risas... La misma voz femenina volvió a protestar:

—¡Que me quites las manos de encima, idiota! ¡Yo misma encenderé la luz!

Ruidos de pies, de sillas, risas, golpes... La luz se encendió de pronto en la habitación, sorprendiendo a los ocho reunidos en diversas posturas y lugares. Había una silla volcada. Junto al interruptor, todavía con la mano en éste, se hallaba la muchacha que había encendido la luz, Felicia Owens.

—¿Quién ha sido? —preguntó airada.

—Pero, ¿qué pasa, Felicia? —preguntó Linda Carlin.

—¡Uno de estos caraduras me ha metido por dos veces la mano en el escote, y me ha manoseado los pechos! ¿Quién ha sido el muy asqueroso?

—¡Pregúntaselo al espíritu! —rió Jess Evans.

Los demás rieron también. Arnold Murray dijo:

—¡Quizá ha sido el propio espíritu quien le ha metido mano a nuestra preciosa Felicia!

—Podría ser —admitió Evelio Gómez—. ¡No olvidemos que llevan una vida sexual muy intensa!

—¡Sois todos unos estúpidos! —increpo Felicia Owens, entre risas de los demás—. ¡Y desde luego no contéis más conmigo para estas tonterías!

—Bueno, mujer, no te enfades —murmuró Michael Bermudes—. Ha sido una broma, eso es todo. Muy mal hecho, eso de ampararse en la oscuridad para manosearte, pero tampoco hay que ponerse así. Habría estado mucho más feo que se lo hubieran hecho a Sarah, ¿no?

—¿Y eso por qué? ¿Quieres decir que a mí podéis tocarme y a Sarah no? ¿Por qué?

—Vamos, vamos —Michael Bermudes se acercó a Felicia, y le dio una cariñosa palmadita en un brazo—. He dicho eso porque Sarah está casada, y tú no. Ha sido una broma, mujer. ¿Realmente crees que tiene tanta importancia?

—¡Estoy harta de vuestras tonterías!

—En cierto modo, Felicia tiene razón —dijo Conchita, la hermana de Michael—. Todo esto son tonterías. ¡Y ya somos mayorcitos para dedicarnos a ellas!

—Además —rió Arnold Murray, el marido de Sarah—, los espíritus podrían enfadarse. No. no está bien eso de jugar con los muertos.

—¡Con los muertos...! —Exclamó despectivamente Jess Evans—. ¡Qué muertos ni qué leches! Nos metemos en esta habitación una pandilla de papanatas y empezamos a hacer preguntas y a dar golpecitos en el suelo con

los pies... ¡Vaya diversión!

—¿Qué otra se te ocurre, Jess? —Preguntó Sarah Murray, con el ceño fruncido—. Porque no se puede decir que tengamos mucha imaginación, ¿verdad?

Se quedaron mirándola, Sarah Vanderlin, de casada Murray, era la mayor y la más fea del grupo. Decididamente tenía fea la cara, aunque el cuerpo no estaba nada mal; quizá tenía los pechos demasiado grandes. Linda Carlin y Conchita Bermudes eran más bonitas, y, en cuanto a Felicia Owens, era la belleza del grupo: alta, rubia, de ojos color miel, boquita redonda y llena..., y un cuerpo precioso, de fina cintura, bien curvadas caderas y unos pechos, entrevistos por el escote de la blusa, que justificaba el hecho de que alguno de los muchachos no hubiera podido resistir la tentación de aprovechar la oscuridad para acariciarlos.

—¿Se te ocurre algo a ti? —preguntó por fin Michael Bermudes.

—Pues no...

—A mí, sí —dijo Conchita Bermudes—. ¡A mí sí se me ocurre algo! Pero me parece que no hay entre estos caballeros ninguno que tenga el suficiente valor para ello.

—Oye, oye, sin ofender —protestó Evelio—. ¿Nos estás llamando cobardes?

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó Arnold Murray.

Conchita miró uno a uno los cuatro hombres, empezando por su hermano Miguel, que prefería que le llamasen Michael. Miguel era joven, alto, guapo, fuerte, inteligente. Y los otros tres no le iban a la zaga, ni mucho menos. El más guapo era posiblemente Arnold Murray. Claro. Por eso se había casado con Sarah, la rica del grupo. La más fea, pero la más rica. Riquísima. A decir verdad, los demás eran unos muertos de hambre comparados con ella, y si Sarah estaba allí era porque no quería dejar que su amadísimo Arnold fuese solo a las reuniones con sus amigos de soltero. Era como si vigilase la hermosa presa que le había proporcionado su dinero..., pues nadie tenía la menor duda de que Arnold se había casado por este motivo con la fea Sarah...

—Se me ha ocurrido —deslizó burlonamente Conchita—, que podríamos jugar con muertos de verdad.

—¿Qué?

—He dicho muertos de verdad.

—¿Y de dónde vamos a sacar un muerto de verdad? —Farfulló Evelio Gómez, irritado—. ¡No querrás que matemos a uno de nosotros!

—Pues no estaría tan mal —intervino Felicia Owens—. ¡Ese cochino que me ha metido la mano en...!

—A ver, a ver —la interrumpió Arnold, que había quedado pensativo—. ¿Qué has querido decir, Conchita?

—Pues eso: que podríamos jugar con muertos de verdad. Y no hace falta que ninguno de nosotros muera. ¡Caramba, todos sabemos dónde podemos encontrar todos los muertos que queramos!

—¿Dónde? —preguntó Linda Carlin.

—Vaya una pregunta... ¡En el cementerio!

Hubo un par de respingos, y todos se quedaron mirando fijamente a Conchita. Jess Evans masculló:

—Déjate de bromas... ¡Vamos a ir al cementerio a conversar con los muertos, supongo! ¡Qué majadería!

—Sí que lo es —apoyó Sarah—, todos sabemos que no es posible comunicarse con los muertos. Y una cosa es que para pasar el rato juguemos al espiritismo de estar por casa y otra cosa es ir al cementerio a charlar con ellos... ¡Nos tomarían por locos!

—Estoy de acuerdo contigo —dijo la bella Felicia.

—Lo que pasa —dijo Arnold, riendo—, es que os orináis de miedo sólo de pensar en ir allá de noche.

—Hombre —dijo Michael—, la verdad es que a mí no me hace mucha gracia. Y no vengas tú dándotelas de valiente, porque si las chicas se orinan tú harías otra cosa si te encontrase sólo allá de noche.

—¿Eso crees?

—Bueno, bueno, dejaros de tonterías —se estremeció Sarah—, Arnold, querido, creo que debemos marcharnos ya. Es un poco tarde...

—Espera un momento —gruñó Arnold, mirando hoscamente todavía a Michael Bermudes—. No me ha gustado eso que has dicho, ¿sabes?

—¡No iréis a enfadaros ahora! —protestó Linda Carlin.

—No he dicho nada para molestarse —se sorprendió Michael—, Vamos. Arnold, sé razonable: a nadie le puede hacer gracia encontrarse de noche y solo en el cementerio...

—¿Y por qué habría de ir Arnold solo? —Dijo Conchita—, ¡Podríamos ir todos!

—Eso no tiene gracia. Yendo en grupo el miedo es mucho menos intenso.

—Pero... ¿estáis hablando en serio? —exclamó Felicia.

—Bueno, ya tenemos una que no querría venir —rió Evans.

—Pues yo sí —dijo Arnold, picado de verdad—, Y además, tengo cojones para hacer algo que ninguno de vosotros haría.

—Ya está bien, hombre —rechazó Evans—. Tengamos la...

—¿Qué harías tú que ninguno de nosotros haría? —pareció desafiarle Michael Bermudes, sin dejar de mostrar su simpática sonrisa.

—Soy capaz de pasar una noche entera con los muertos... ¡Y si es necesario, metido dentro de un ataúd, como ellos!

—¡Arnold! —Gimió Sarah—. ¡Oh, creo que será mejor que nos marchemos...!

—Tú cierra el pico —la miró irritado su marido—. Bien, ¿qué pasa? ¿No tenéis nada que decir?

—Vaya, no te lo tomes así —dijo Michael—, No hay que llevar las cosas tan lejos, Arnold.

—¡Ni lejos ni nada...! Lo que he dicho lo mantengo. ¿Qué os apostáis?

—Vámonos —dijo Sarah, con voz temblorosa—. ¡Por favor, Arnold, vámonos!

—Será lo mejor —dijo Linda Carlin—, La conversación ha tomado un giro muy poco agradable. ¿Me acompaña, Evelio?

—De aquí no sale nadie hasta que esto quede bien claro —dijo con mal contenida cólera Arnold Murray—. Yo tengo narices para hacer lo que he dicho, ¿de acuerdo? En cambio, vosotros no tenéis agallas ni siquiera para apostar algo.

—Si te lo tomas así —dijo secamente Michael—, yo puedo apostar lo que quieras. Bueno, hasta un límite, claro... No tengo tanto dinero como tú.

—Nada de dinero —sonrió de pronto Arnold Murray—. Podemos apostar otras cosas. Por ejemplo, si soy capaz de estar todo un día encerrado en...

—Toda una noche —aclaró Michael Bermudes.

—Sí, es cierto, toda una noche. Eso he querido decir. Bien, si yo hago eso, si estoy toda una noche encerrado en un ataúd y metido en un nicho, rodeado de muertos, la apuesta será la siguiente: durante todo un día, vosotros haréis lo que yo os diga. Sólo eso.

—De acuerdo —aceptó en seguida Michael.

—Pues yo no estoy de acuerdo —rechazó Felicia—, Arnold tiene a veces ideas muy peculiares. Igual nos dice que convirtamos el aposento de Linda en un lupanar donde todos lo haremos con todos, o cosas así... ¡Y a mí eso no me va!

—Felicia, estás muy buena —la miró irónicamente Arnold—, pero no tienes por qué creer que todo el mundo quiere acostarse contigo. Os aseguro que no sería nada de eso. Sólo pequeñas tonterías, para divertirnos.

—Pero... ¿estás hablando en serio? —preguntó Evelio.

—Claro que no —dijo Sarah, nerviosísima—. Es sólo una tonta broma.

—¿Te quieres callar? —Se enfureció Arnold—. ¡Acabo de hacer una apuesta, y la he hecho muy en serio! Ahora, vosotros tenéis la palabra

CAPITULO II

—Esto acabará mal —casi sollozó Sarah—. ¡Sé que acabará mal, es una locura...! ¡Arnold, por favor!

—Que te calles.

Habían pasado veinticuatro horas desde la última reunión del grupo de amigos. Ahora, cerca de las doce de la noche, los ocho se trasladaban al Oak Hill Cementery, prácticamente en las afueras de San José de California, a la derecha de Monterey Road, por la que estaban circulando.

En un coche iban Arnold y Sarah Murray, ambos en el asiento delantero, conduciendo Arnold; en la parte de atrás iban las otras tres mujeres: Felicia, Linda y Conchita. Detrás del coche, en una camioneta alquilada, iban Michael Bermudes, Jess Evans y Evelio Gómez.

Y el ataúd. Un ataúd que habían comprado aquella misma tarde. Un hermoso ataúd negro, forrado de raso blanco. No muy caro, pues para la broma no hacía falta gastarse una fortuna, Pero era un ataúd.

—¿Creéis que lo hará? —preguntó Michael, que conducía la camioneta.

A su derecha, ocupando el resto del amplio asiento, iban Jess y Evelio. Fue éste quien, tras soltar una risita, contestó:

—Una cosa es hablar en casa y otra cosa es mantener lo hablado una vez estés en el cementerio, Michael.

—Pues yo creo que si lo hará —dijo Evans—. Arnold los tiene muy bien puestos.

—Eso es verdad —admitió Evelio—, ¡hace falta tenerlos bien puestos para acostarse con Sarah! ¡Le irá mejor en el ataúd!

Rieron los tres. Pero la verdad era que, en el fondo, ninguno creía que Arnold Murray llevase su desafío hasta el final. Si, una cosa era hablar, y otra cosa muy diferente hacer.

Dejaron atrás el cruce con Alma Avenue. Atrás iba quedando San José, intensamente iluminado. Phelan Avenue quedó también atrás. Y en menos de un minuto estaban circulando ya por delante del cementerio. La entrada a éste estaba frente a la salida de Tully Road, y los tres vieron cómo ¡as luces del coche que conducía Arnold por delante de ellos se desviaban en esa dirección.

—Ha entrado, de momento —murmuró Evans—. Algo es algo.

—Si alguien nos ve tendremos que desistir, y volver otra noche.

—En la parte nueva nadie nos verá —dijo Evelio—. Está hacia el fondo. Y todo lo que tenemos que hacer es apagar las luces de posición en cuanto estemos dentro.

Estaban dentro segundos después. Arnold había apagado ya las luces del coche. Michael apagó las de la camioneta. Podían ver poco menos que perfectamente, debido a la iluminación que les llegaba por detrás, desde los rascacielos de San José, y de toda la ciudad, en definitiva. Un resplandor que parecía llenarlo todo. Por delante de ellos veían el coche, reflejando de

cuando en cuando alguna luz.

—Las mujeres no han debido venir —murmuró Evelio.

No recibió respuesta a su comentario, hacia la parte más nueva, al fondo. La ampliación iba aproximando la parte de atrás del cementerio a la línea férrea del Southern Pacific.

—¿Veis algún fuego fatuo? —preguntó Evelio.

—¿Te quieres callar, coño? —respingó Jess Evans.

A ambos lados se veía la blancura de las tumbas cubiertas con lápidas de mármol, y las figuras que adornaban algunos mausoleos. De cuando en cuando pasaban junto a uno de los bloques de nichos apilados, parecidos a grandes cajas con siniestras ventanas, todas iguales: dos metros de fondo por uno de ancho y uno de alto. Uno se moría, lo metían allí, y fin del cuento... Sí, señor, fin del cuento, se acabó todo.

—Me fumaría un cigarrillo —dijo Evelio.

Evans soltó un bufido, y Michael gruñó:

—¿Quieres callarte de una vez. Evelio?

Permanecieron en silencio. Poco después, vieron que el coche que les precedía se había detenido. La camioneta se detuvo detrás a los pocos segundos. Arnold Murray se había apeado, pero las mujeres permanecían en el coche.

Cuando Michael Bermudes paró el motor, el silencio pareció caer sobre ellos como una enorme y pesada manta. Y en ese silencio, la voz de Arnold Murray llegó nítidamente hasta ellos:

—Hemos tenido suerte: parece que nadie nos ha visto. ¿Verdad?

Los tres hombres saltaron de la camioneta. Arnold iba ya hacia la parte de atrás. Le siguieron, Michael abrió las puertas, y la negrura del ataúd destacó por encima de cualquier otra negrura.

—Tenemos que llevarlo hacia ese bloque —señaló Arnold—. Hay muchos nichos vacíos, así que cualquiera de ellos servirá. Evelio, tú ve a buscar alguna de esas planchas de piedra para tapar el nicho. No olvides las cuñas para sujetarla.

—Escucha, Arnold...

—Ssst. ¡Menos charla! Ya estamos aquí, ¿no? Venga, vosotros dos ayudadme a bajar el ataúd.

Se oyó el chirrido de la madera sobre el piso de la camioneta al ser arrastrado hacia afuera el ataúd. Arnold Murray metió un dedo en el orificio practicado en la tapa; una cosa era jugar y otra cosa habría sido morir asfixiado. Con un agujero en el ataúd, y la plancha de mezcla de cemento sujeta al hueco del nicho sólo por unas cuñas, el aire no le faltaría en ningún momento. Habían pensado en todo.

Habían tenido todo un día para organizar bien la última diversión...

El ataúd pesaba bastante, pero no tanto que, estando vacio, pudiera causar problemas a tres muchachos fuertes. Tropezando de cuando en cuando se acercaron al bloque de nichos, donde, en efecto, se veían bastantes vacíos.

Cuadrados y siniestros agujeros a la espera de muertos de verdad.

Depositaron el ataúd en el suelo.

—¿Qué pasa? —Emitió una risita Arnold—. ¿Las mujeres no quieren venir?

—Déjalas en paz —gruñó Evelio.

—No, señor, quiero que los siete me veáis dentro del ataúd. Id a buscarlas.

—Ya te veremos nosotros.

—¡Quiero que estéis todos aquí!

—Está bien, está bien, ya voy a buscarlas.

No había el más leve soplo de aire. Los cipreses permanecían inmóviles y silenciosos. Frente al grupo de nichos apilados, las tumbas a ras de suelo seguían reflejando la blancura de sus lápidas. El resplandor de San José era ahora como un recuerdo, más que una realidad presente. En la parte más cercana a San José estaba Stone Avenue, donde, ciertamente, había casas, vivía gente. Las ventanas de esas casas eran como lejanos y malignos ojos amarillos. Hacía falta ser muy especial para vivir en Stone Avenue, desde luego, pensó Evelio. ¡Tener por vecinos a los muertos...!

Mientras caminaba hacia el coche comenzó a ver, de pronto, los fuegos fatuos, y se detuvo en seco, un poco pálido, impresionado. Se había informado bien sobre los fuegos fatuos, así que sabía que no debía tener miedo alguno. Simplemente, los fuegos fatuos son ráfagas luminosas, móviles, que pueden verse de noche al nivel del suelo en lugares donde hay materias orgánicas en descomposición, como, por ejemplo, los cementerios... Sí, el ser humano es una materia orgánica que emite fuegos fatuos... Fuegos fatuos sutiles, ágiles, que se filtran por cualquier intersticio, y flotan en la oscuridad, como señalando la presencia de cadáveres... Cientos, miles de cadáveres...

¿Cuántos muertos debía haber allí?

Evelio llegó al coche, y abrió la puerta de atrás.

—Salid —dijo con voz aguda—. Arnold quiere que todos estemos presentes. Ya tenemos la losa de cierre, todo está a punto.

Sarah fue la primera en salir, abriendo por sí misma la portezuela delantera derecha. Salió en silencio, un tanto rígida. Parecía un poco como un autómata. Ya había discutido suficiente con su marido sobre el asunto, y no tenía intención de decir nada más. Allá él si quería seguir el juego hasta el final.

Felicia, Conchita y Linda salieron del asiento de atrás. Conchita respingó al ver los fuegos fatuos. Evelio la tomó de un brazo con gesto cariñoso.

—No te preocupes, no es nada. Son sólo materias orgánicas en descomposición. Los muertos, ¿comprendes?

Linda Carlin lanzó una exclamación.

—¿Qué es lo que pretendes? —maulló.

Evelio encogió los hombros, y echó a andar hacia el grupo de nichos, llevando de un brazo a Conchita.

—Es la última vez que me relaciono con vosotros —dijo Felicia Owens—.

Ya estoy harta de tonterías.

Caminando agrupadas se dirigieron hacia el grupo de nichos. Era en verdad algo siniestro. Hileras y más hileras de nichos, unos ocupados ya, otros vacíos, todos formando como un enorme panel de cuatro pisos de altura y que se extendía a derecha e izquierda... Era horrible. Algunas delgadas hilachas luminiscentes salían de algunos de los nichos y parecían colgar como plantas hacia el suelo, por donde se desparramaban creando una luminosidad sobrecogedora. A cada instante iban viendo más y más fuegos fatuos. Bajo sus pies crujía la arenilla, la tierra.

El silencio era espantoso.

Y de pronto, lo rompió el grito de un ave nocturna. Linda Carlin emitió un gemido y se agarró a un brazo de Felicia, que también había respingado. Evelio llevaba ahora abrazada por los hombros a Conchita. Sarah iba entre ellos dos y Felicia y Linda, pero formando los cinco un bloque casi homogéneo.

El bloque de nichos estaba dispuesto de modo que la parte de atrás era la que quedaba encarada hacia San José. En la parte de las cuadradas bocas negras que esperaban ansiosas su presa todo era oscuridad. Lo primero que vieron fue el blancor de la tapa del ataúd, y luego el brillo de los tres pares de ojos.

El ave nocturna volvió a gritar.

—Dios mío —sollozó Sarah.

—No temas —rió agudamente Arnold—, ¡no vas a quedarte viuda!

—Creo que deberíamos dejarlo correr —se oyó la voz de Jess Evans—. En lo que a mí respecta. Arnold, va...

—Al diablo con todos vosotros: yo no tengo miedo de los muertos. Venga, no perdamos más tiempo.

Se tendió dentro del ataúd. Sarah volvió a sollozar y se refugió en el pecho de Felicia, cuyo rostro destacaba como una mancha blanca en la oscuridad. Encima, las estrellas emitían sus parpadeos fríos y lejanos. En alguna parte se oyó como un silbido de viento... que no existía.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Evelio.

Nadie contestó. Felicia Owens sentía el vello erizado, le parecía que miles de diminutas hormigas se estaban paseando por sus muslos y vientre.

¡Chad, chascó la tapa del ataúd al ser bajada. Michael coloró los dos cierres. Dentro, Arnold golpeó, y les pareció que soltaba una carcajada.

—Evelio, ayúdanos —dijo Evans.

Entre los tres hombres alzaron el ataúd, colocaron el extremo de los pies hacia el fondo de uno de los nichos y empujaron. La madera chirrió sobre el cemento de un modo espeluznante, ¡chirrí, chirrííi, chirrííic...! Finalmente, quedó colocado dentro del nicho. Sarah Murray estaba Llorando.

—Vamos a colocar la losa —dijo Michael.

La alzaron entre él y Jess. Evelio colocó una cuña en la parte superior y la golpeó con la maza de madera, de modo que se fue hundiendo y sujetando la

losa contra la parte inferior del nicho. Luego colocó tres cuñas más, una a cada lado. La losa quedó encajada perfectamente, pero sería muy fácil retirarla en cualquier momento, simplemente retirando las cuñas. Cuando Evelio dejó de golpear con la maza el silencio fue terrible, angustioso. Sarah ya no lloraba: Miraba con ojos desorbitados aquella plancha de mezcla de cemento tras la cual, en un ataúd cerrado, estaba su marido.

—Vámonos —dijo Michael.

Felicia tuvo que tirar de Sarah con fuerza para moverla. Michael la tomó por el otro brazo. La tierra crujía de nuevo bajo sus pies. Oyeron un ruido, no supieron dónde. Evelio respingó. Evans emitió una risita quebrada y aguda, como chirriante.

—Podríamos ir al apartamento de Linda a tomar unas copas antes de ir a acostarnos —dijo Michael—. Me parece que todos lo necesitamos.

—No podemos dejarlo ahí —sollozó Sarah—. ¡No podemos marcharnos y dejarlo solo!

—Sería lo mismo —dijo Evans—. Donde está él de nada le serviríamos nosotros aquí fuera. Además, así lo hemos convenido, ¿no? Todo lo que tenemos que hacer es volver por la mañana, a la diez, y sacarlo de ahí.

—Vaya una experiencia —jadeó Evelio.

Segundos más tarde, el coche y la camioneta se alejaban del grupo de nichos, hacia la salida que daba a Monterrey Road, todas las luces apagadas.

Detrás, quedó el silencio del cementerio, con los fuegos fatuos flotando a ras de suelo por entre las tumbas, descolgándose como luminiscentes helechos desde los nichos... El ave nocturna volvió a gritar.

Silencio.

Silencio de muerte.

* * *

Dentro del ataúd metido en el nicho Arnold Murray estuvo unos minutos distraído con el esfuerzo de intentar oír algo procedente del exterior pero pronto se dio cuenta de que lo único que se oía allí dentro eran los ruidos de su propio cuerpo...

«Sólo tengo que esperar tres horas —pensó—, y vendrán a sacarme de aquí. Es un plan perfecto.»

Sí, había ruidos dentro de su cuerpo. ¡Qué curioso, jamás había reparado en ello! Claro que jamás había estado en lugar alguno donde reinase un silencio tan absoluto. Quizá era por eso que nunca antes había escuchado los ruidos de su cuerpo. Oía como un lejano y suave zumbido en sus oídos, que parecía proceder de dentro de su cuerpo, sin lugar a dudas. Y hasta le parecía que oía el discurrir de la sangre por las venas. También en el estómago había ruidos. Apenas nada, cosas sutiles... Y hasta le pareció que crujían sus huesos cuando movió una pierna hasta donde pudo. Poco, porque la rodilla topó en seguida con la tapa del ataúd.

Ruidos de rodas clases, pero, sobre todo, el latir del corazón. Este lo oía perfectamente, fuerte, sonoro, perfecto, bien acompasado. Era un Pom-Pom, Pom-Pom. Pom-Pom que le hacía compañía. Un ruido amigo, conocido, familiar. Los otros ruidos, no, pero el del corazón era familiar, le hacía compañía, lo había oído muchas otras veces.

Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom...

Tenía un corazón de hierro. Un joven, sano, fuerte corazón de atleta.

Y sólo tenía que esperar tres horas como máximo.

Transcurridas las tres horas, su cómplice iría a sacarlo de allí, y el plan se realizaría en todos sus detalles. Un plan perfecto.

Giró la muñeca, alzó un poco la cabeza, y pudo ver la hora en su reloj de muñeca de esfera luminosa. Eran las doce y veinte. Sí, a eso de las tres vendría a sacarlo de allí. Luego, le llevaría a su propia casa, en el coche alquilado, para que nadie pudiera identificarlo más adelante, en el supuesto de que alguien, a las tres y pico de la madrugada, estuviera en la calle para fijarse en esas cosas. Ni en ninguna otra.

A las tres de la madrugada todo el mundo duerme.

Menos él. El habría salido de allí, entraría en su casa, forzaría la puerta de la cocina de la parte que daba al jardín de a irás. No tenía que utilizar su llave, naturalmente. Tenía que parecer que había sido un intruso quien había entrado en la casa.

Un plan perfecto.

Subiría sigilosamente al primer piso, donde estaban los dormitorios. Quizá Sarah, nerviosa, no habría podido dormirse, o en todo caso tendría un sueño tan ligero que cualquier ruido la despertaría.

Bueno, no importaba. Si se despertaba, se daría a conocer, simplemente, y ella, aunque sorprendida, estaría encantada de tenerlo allí, de que aquella estúpida broma hubiese terminado. ¡Vaya si se mostraría contenta de tener allí a su maridito guapo...!

Entonces, él la estrangularía, la golpearía, la violaría brutalmente. Sí, esto era un asco, pero tenía que hacerlo, para que todo fuese perfecto: un ladrón entra en una casa, se tropieza con la mujer, la golpea, la viola, la estrangula... Luego, escapa, llevándose todo lo que de valor encuentra a mano. Un criminal que no desperdicia nada: no sólo roba, sino que se da el gusto de violar a una mujer que se le aparece en camisita de dormir. Perfecto.

Por la mañana, sus amigos irían a buscar a Sarah al ver que ella no se reunía con ellos para ir al cementerio y que tampoco contestaba al teléfono. Sí, irían todos allí, y la encontrarían. Llamarían a la policía. La policía se presentaría en la casa, vería todo el escenario. Pero... ¿dónde está el señor Murray?, preguntarían. Está en el cementerio, encerrado en un ataúd, dentro de un nicho. Es una apuesta.

—Je, je —rió dentro del ataúd Arnold Murray—. ¡Je, je, je, je!

Le pareció que sus carcajadas eran como algo blando que rebotando en la tapa del ataúd caían sobre su cara. ¡Qué curioso...! La tapa del ataúd era

blanca, y, sin embargo, él no la veía así. No veía nada blanco, todo lo veía negro. Todo era negro allí dentro... Por más que abría los ojos, todo era negro. Claro, para que el raso blanco destacase debía llegar luz de alguna parte, pero allí no había luz alguna.

Es decir, estaba la de su reloj de pulsera. Volvió a mirar la hora. ¡Caramba, sólo habían pasado dos minutos, y él habría jurado que había pasado casi media hora! Bueno, no importaba. Sabía que podía perfectamente esperar las tres horas, más bien escasas.

Sí, la policía diría que él estaba loco, y cosas así, pero lo que nunca podrían hacer sería relacionarlo con la muerte de su «querida» esposa. ¿Cómo habría podido hacerlo si se había pasado toda la noche encerrada en el ataúd? Así que se atribuiría todo a un ladrón, a un criminal. Claro, sería mucha coincidencia que precisamente aquella noche hubiera sido la elegida por un ladrón para entrar en la casa, pero las coincidencias existen. Incluso era posible que la policía se oliese algo, pero eso sería todo. Jamás podrían acusarle de nada, ni tampoco a su cómplice. Unos cuantos días más tarde, devolvería el coche alquilado, y asunto terminado. Entonces, él ya sería un viudo rico. Riquísimo. ¡Pobre Sarah, con lo que lo amaba...! Pero él no la amaba a ella, no, señor. Se había casado por su dinero, y como a pesar del dinero ya estaba harto de aguantarla, la iba a matar. Un viudo rico. Y libre de toda posible acusación.

Perfecto.

¡Perfecto!

Pom-Pom, Pom-Pom. Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom..., seguía oyendo su corazón.

Le disgustaba tener que violar a Sarah después de estrangularla. ¡No le gustaba hacer el amor con ella ni estando viva...! Pero tenía que hacerlo, porque así todavía alejaría más de él las posibles sospechas. Nada, definitivamente, la pobre señora Murray había recibido aquella noche la visita de un criminal que no se detenía ante nada, y que al comprender que en la casa estaba la mujer sola había hecho el negocio completo: robo y violación. ¡A divertirse!

Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom...

¡Qué bien sonaba su corazón, qué perfectamente regulado, sincronizado, sólido!

Volvió a mirar la hora.

¿Cómo era posible? ¿Ni siquiera eran las doce y media! ¿Se había parado el reloj? ¡Maldito reloj!

Consiguió colocar el brazo de modo que el reloj quedó bastante cerca de su oído. Ah, pues no, no se había parado, no... Seguía marchando. Pero..., ¿sólo habían pasado siete u ocho minutos? Bueno, de todos modos aquello también había sido previsto. Sabía que no era tan valiente como había parecido, así que había tomado sus precauciones: tenía en un bolsillo de la chaqueta un tubo con somníferos. ¡Todo previsto! Así, cuando volviese de matar a Sarah,

poco después de las cuatro de la madrugada, podía tomar un par de pastillas si se ponía nervioso. Porque esperar desde las doce y veinte a las tres, bueno: pero esperar desde las cuatro a las diez de fa mañana, y sobre todo después de estrangular a Sarah, ya no sería tan fácil. Por eso lo mejor era tomarse un par de pastillas cuando regresara de matar a Sarah, y así dormiría hasta las diez. Dirían que tenía nervios de acero... ¡Dormiría tranquilamente estando dentro de un ataúd y metido en un nicho! Claro que no les diría lo de las pastillas, porque entonces se podría considerar que había hecho trampa en lo de la apuesta, ya que ésta consistía en que él estuviese... viviendo aquellas horribles sensaciones de estar enterrado vivo.

Pero no sentía ninguna sensación especial. Un poco de calor, eso sí, pero todo iba perfectamente.

Perfectamente.

Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom...

Todo iba perfectamente, y dentro de poco su cómplice iría a sacarlo de allí, para llevarlo con el coche alquilado a su casa, para matar a Sarah... Sí, dentro de poco.

Volvió a mirar su reloj. Las doce y treinta y dos. ¡Esto no era posible, su reloj iba mal! ¡Tenía que ir mal! Volvió a escucharlo. Bueno, andaba, desde luego. Quizá se parase de vez en cuando. Sí, podía ser esto.

Así que se quedó vigilando el reloj. Y no, no se paraba. Marchaba con toda normalidad. Pero le pareció que tardaba muchísimo tiempo en marcar fas doce y treinta y tres. ¡Qué demonios, algo tenía que andar mal en aquel maldito reloj!

Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom...

Bueno, tenía un corazón de acero. Sólo tenía que evitar ponerse nervioso y esperar que su cómplice fuese a abrirle el nicho y tirase hacia fuera del ataúd, arrastrándolo sobre el piso rechinante.

Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom- Pom, Pom-Pom...

Todo iba bien.

Todo perfecto.

Lo único que tenía que hacer era esperar.

CAPITULO III

—Desde luego, no podemos esperar nada bueno —dijo pensativamente Jess Evans—. Cumplirá su palabra de no hacer nada relacionado con el sexo, pero ya veréis como se las arreglará para divertirse de lo lindo a costa nuestra.

—No exageres —rió Michael—, ¡tampoco puede ser tan terrible!

—Pues a mí me gustaría que os lo hiciera pasar bien mal —dijo Sarah, con voz aguda—. ¡Vosotros tenéis la culpa de que él esté allí!

—Eso no es cierto. Sarah —dijo Felicia—. Se hizo la apuesta, y si la perdemos tendremos que pagarla, naturalmente, pero quien más insistió en quedarse allí fue tu marido!

—Debimos dejar los cierres sueltos —dijo Linda Carlin.

—No habría servido de nada —movió la cabeza Evans—. Aunque los cierres estuvieran sueltos él no podría salir del ataúd, pues la tapa, al ser alzada, toparía con el techo, no dejaría espacio suficiente para que saliera.

—A mí me parece todo horrible —dijo Felicia—. Y desde luego, no contéis más conmigo para esta clase de juegos. Ya que nos aburrimos tanto, ¿por qué no nos dedicamos a hacer algo útil, cosas útiles para los demás?

—Eres una palma —rió Evelio—. Preciosa, pero una palma.

—La conversación se está haciendo monótona, y ya hemos tomado más de una copa —dijo Michael, bostezando, y mirando su reloj—. Y ya son casi las dos de la madrugada. En lo que a mí respecta, me voy a dormir. Sarah, ¿quieres que te acompañe a casa?

—Sería mejor que se quedase a pasar la noche con migo —dijo Linda.

—No es ninguna mala idea —aprobó Felicia.

—Parece como si desconfiaseis de Sarah —dijo Conchita—, supongo que no se os ha ocurrido la idea de que se haya puesto de acuerdo con Arnold para ir a hacerle compañía.

—Nadie ha pensado eso —protestó Linda—. Sólo me pareció que quizá no le gustaría pasar la noche sola.

—Bueno, decidiros —bostezó de nuevo Michael—, Yo me voy a dormir. ¿Te quedas o te llevo, Sarah?

—Yo... prefiero irme a casa —dijo Sarah—. Estoy muy nerviosa, y no quiero fastidiarle la noche a nadie. De todos modos, te agradezco el gesto, Linda.

—Si yo fuese tú, me quedaría —dijo Felicia—, pero, en fin, allá cada cual. Yo también me voy. ¿Nos reunimos aquí a las nueve y media?

Todos asintieron, y la reunión se disolvió.

Poco después. Michael detenía su coche delante de la casa de los Murray, y se volvió hacia el asiento de atrás, en el que iban su hermana y Sarah.

—Quizá Linda tuviese razón —murmuró—. No será una noche fácil para ti, Sarah. ¿Quieres que se quede Conchita contigo?

—No, no. Dejad de preocuparos. Pasaré la noche como sea.

—A mí no me molestaría, Sarah —dijo Conchita.

—No, de verdad. Arnold está haciendo algo que demuestra mucho valor, y aunque yo sea una pobre tonta miedosa quiero estar a su altura en lo posible.

—De acuerdo —sonrió Conchita—. Hasta luego. Y procura dormir, es el mejor modo de pasar el tiempo, querida.

* * *

—Pero si tomo ahora un par de pastillas lo seguro es que me dormiré, y entonces estaría inutilizado para cuando viniese a sacarme de aquí, y no podría ir a matar a Sarah. No, no debo tomar ninguna pastilla ahora. Además, ya son un poco más de las dos... No puede tardar mucho en venir. Seguramente han seguido todos juntos un buen rato, hablando sobre esto. En cuanto pueda separarse de ¡os demás vendrá a sacarme de aquí. Esto es horrible... La sola idea de pasar aquí el resto de la noche despierto me pone los pelos de punta. Creo que estoy sudando... Pero al mismo tiempo tengo frío. Y siento que tengo los nervios tensos... No debo perder la serenidad. Sobre todo, no debo perder la serenidad...

En cuanto dejó de pensar volvió a oír su corazón, con una fuerza tremenda: Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom...

Fuerte y seguido. Al menos, el corazón respondía. Pero le estaba asustando aquel latir continuo, aquel rítmico pom-pom. Bueno, de todos modos mientras lo oyese significaba que estaba vivo. Porque el corazón de un muerto no late, ¿verdad? Se para, deja de oírse. Sí, mientras oyese el pom-pom todo iría bien.

Serenidad.

—Eso era todo: serenidad. Si la conservaba, todo terminaría muy bien.

¡Maldita Sarah...! Por culpa de ella estaba metido en un ataúd, enterrado en vida. Pero peor lo iba a pasar ella... ¡Lo iba a pasar mucho peor!

A medida que transcurrió lentísimamente el tiempo, Arnold Murray sentía que el odio hacia su esposa iba aumentando. La odiaba ahora profundamente, como nunca. Sí, era por culpa de ella que estaba allí dentro. ¡Ah, cómo iba a disfrutar cuando dentro de una hora y pico la estrangulase...!

Lo malo era que luego tendría que volver allí, claro. Pero bueno, ya sería diferente, porque tomaría tres pastillas y se dormiría enseguida. Sí, la segunda parte ya no sería tan mala. Era ahora que sentía los nervios a flor de piel. Le costaba un esfuerzo tremendo permanecer quieto, y cada esfuerzo le producía la sensación de que sus nervios eran como cables que se tensaban: se tensaban tanto que parecía que fuesen a desgarrar la piel de un momento a otro. La tensión era tal que comenzaba a dolerle ¡a cabeza.

Se dio cuenta, de pronto, de que tenía deseos de gritar.

Había ahora más sudor en su rostro. Y también sentía húmedas las palmas de las manos.

No. No debía moverse. No debía ni siquiera tocar la tapa del ataúd. Era un gesto inútil, además, ya que habían puesto los cierres. Desde luego, la policía

jamás podría sospechar de él. Podrían pensar lo que quisiera, podrían pensar mil cosas diferentes, pero nunca que él había matado a su esposa.

Se encontró de pronto empujando la tapa del ataúd con las palmas de las manos, estirados los brazos por encima del cuerpo. Las retiró vivamente.

Quieto... Quieto, Arnold... Tranquilo.

Tranquilo.

Volvió a mirar su reloj. Eran las tres menos veinte. ¡Ah, el tiempo malo estaba terminando! Dentro de quince o veinte minutos oiría ruidos distintos a los de su propio cuerpo, a los de su corazón. Retirarían la placa de cemento, arrastrarían el ataúd hacia fuera, abrirían la tapa...

—Puedo aguantar perfectamente quince o veinte minutos más. Luego, todo será fácil. Incluso estrangular a Sarah será fácil Soy muy fuerte. Sólo tendré que rodearle el cuello con mis manos, y apretar. Al principio, ella no comprenderá. Luego, pensará que le estoy gastando alguna broma estúpida. Y cuando quiera dar se cuenta ya no tendrá fuerzas para nada. Yo seguiré estrangulándola, y mirando su fea cara odiosa que tantas veces he tenido que besar... ¡Sí, miraré su fea cara odiosa mientras la estrangulo, y veré cómo sale su lengua de la boca, cómo se hincha, y cómo los ojos se le desorbitan...!

Volvió a mirar el reloj. Apenas había pasado un minuto.

Paciencia. Serenidad.

Volvió a oír los ruidos de su cuerpo. Luego, el corazón, siempre el corazón: Pom-Pom. Pom-Pom, Pom-Pom. Pom-Pom...

Le dolía la cabeza y el cuello. Y los hombros. Se dio cuenta de que tenía los puños apretados. Estiró los dedos. Sí, sus nervios le parecían cables de acero tensos al máximo...

De pronto, comenzó a golpear la tapa del ataúd con los puños, por la parte del pulgar, y gritó:

—¡Oh, maldita sea, ven ya!

Su voz pareció convertirse en algo así como un tenue algodón que rellenó un poco la caja. Por supuesto, no había sonado no ya fuera del nicho, sino ni siquiera fuera del ataúd. Se había quedado allí dentro, con él, como algo tangible. Sí, como algodón. Algodón negro. Algodón negro. Algodón negro.

¡Qué curioso, algodón negro...! ¿Por qué el algodón era blanco? Bueno, también había algodón de otros colores, claro. Había visto muchas veces en el cuarto de baño aquellas bolsas de plástico que contenían bolitas de algodón de varios colores; Sarah usaba aquellas graciosas bolitas para quitarse el maquillaje, o la laca de las uñas... Cosas así. Había bolitas de todos colores: blanco, azul, rosa, verde, amarillo...

Pero negro, no.

Nunca había visto algodón negro.

Sin embargo, ahora le parecía que el ataúd se había llenado de algodón negro. Si, el ataúd se estaba llenando del algodón en que se habían convertido sus palabras. Así que no tenía que decir nada más. Ni una sola palabra más. Nada. Silencio.

Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom- Pom. ..

Movió la cabeza vivamente hacia un lado, porque le había parecido sentir un contacto. ¿El algodón negro? ¡Qué tontería, claro que no había dentro algodón, ni nada! Sólo él estaba dentro del ataúd. Sólo su cuerpo vivo y sonoro.

Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom...

Sintió dolor en las palmas de las manos, y comprendió, con no poco sobresalto, que estaba clavándose las uñas, apretando de nuevo los puños. De nuevo estiró los dedos. La tensión en la nuca era insoportable.

Volvió a mirar la hora, mientras sentía el sudor deslizándose copiosamente por su rostro. Y por el pecho. ¡Las tres menos cuarto nada más! ¿Cómo era posible?

—¿Por qué ha de esperar a las tres? ¡Ya debería estar aquí!

Le pareció de pronto que el aire se estaba espesando. Ah, sí, el aire se espesaba... No, no era el aire. Lo que ocurría era que estaba respirando algodón negro. ¡Aquel maldito algodón negro... ¡El maldito, asqueroso, horrible algodón negro, eso era. Contuvo la respiración. Sí, cuantas menos veces respirase, mejor.

El corazón comenzó a latir con menos fuerza y continuidad. Se fueron espaciando los latidos.

Pom...Pom... Pom...Pom... Pom...Pom ....

Pom.......... Pom .... Pom ....

Pom...

Aspiró ávidamente.

Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom...

Así estaba mejor, a pesar de todo. ¡Qué barbaridad, dejar de respirar! Si dejaba de respirar, se detendría su corazón, y entonces todo habría terminado para él. Para él, no para la maldita Sarah. Aunque... ¿se podía dejar de respirar? Bueno, estando vivo claro que no, mientras hubiese aire. En un momento dado, quisiéralo o no su mente, su cuerpo reaccionaría para tomar aire. ¿Podía una persona suicidarse decidiendo dejar de respirar? Seguramente, no. Claro que no. Llegaría el momento en que sus pulmones reaccionarían, aun en contra de todas las órdenes de la mente. Claro.

Las tres menos diez. Bueno, ahora sí que ya faltaba muy poco. En cualquier momento comenzaría a oír cualquier ruido, y luego la caja sería arrastrada. Esto sí lo oiría bien. Además de notarlo, claro.

Las tres menos nueve Minutos.

Las tres menos ocho minutos.

Las tres menos siete minutos.

Las tres menos seis minutos...

Un ruido.

¡Ah, por fin, ya estaba allí!

Aguzó el oído. Si, afuera se oía un ruido. Un ruido como de piedra. Claro, debía estar retirando la plancha cuadrada de mezcla de cemento. Muy bien. Y

ahora tiraría hacia fuera del ataúd... Ah, sí, oía muy bien los golpes. Amortiguados, desde luego, y como lejanos, pe ro los oía perfectamente. Y roce de piedra con piedra. Eso era: estaba retirando la plancha de cemento... Bueno, pero entonces, ¿qué eran aquellos golpes? No tenía ninguna necesidad de golpear tanto. Todo lo que tenía que hacer era quitar las cuñas, y eso era muy fácil Sin embargo, seguía oyendo golpes, y roce de piedras con piedra. Los golpes llegaban tan amortiguados que pensó que los estaba dando sobre una densa capa de algodón. De algodón negro, claro.

Y de pronto, el silencio.

Muy bien, ya había retirado la plancha de cemento, por fin. Ahora, aunque le costase un gran esfuerzo, tiraría del ataúd hacia fuera del nicho. Sí, ahora. De un momento a otro. Ahora. En seguida. Ya Ahora... Ahora... Ahora...

Se estaba entreteniendo demasiado.

Bueno, sólo unos segundos más, y todo terminaría. Ahora. Ahora iba a sacar el ataúd del nicho. Sí, en seguida, ya, ahora mismo.

Silencio.

Quietud.

Miró el reloj.

Las tres y dos minutos.

Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom- Pom...

Ya. Ahora. ¡Vamos, vamos, ahora, ya...!

Silencio.

Silencio.

Silencio.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¿No puedes con él?

Otra masa de algodón negro pareció envolverlo. Algodón negro y caliente.

—¿Qué pasa? —volvió a gritar.

Más algodón negro y caliente.

—¡Vamos, haz un esfuerzo, tira fuerte!

Silencio. Silencio denso hecho de algodón negro y caliente.

—¡Sácame de aquí! —aulló.

La cantidad de algodón negro iba aumentando. Parecía ir llenando la caja, apretándolo contra el fondo de ésta. Contuvo de nuevo la respiración, para escuchar mejor para no perderse el más pequeño ruido que pudiera haber juera del ataúd y del nicho...

Pom... Pom .... Pom .... Pom .... Pom .... Pom ....

Pom ....

Aspiró una enorme bocanada de algodón negro.

—¡SACAME DE AQUUIIIII...!

* * *

—¡Os digo que era aquí! —gritó Jess Evans—, ¡Era aquí, aquí, aquí...!

—Cálmate —dijo Evelio, con voz tensa—. Vamos, Jess, tranquilízate. Está claro que no fue en este grupo donde lo metimos, así que busquemos en otro grupo de nichos.

—¡Te digo que fue aquí!

—No entiendo por qué te pones tan terco —gruñó Michael—. Si hubiera sido aquí veríamos ahora la plancha de cemento sujeta con las cuatro cuñas. ¿Tú la ves?

—No, pero...

—Entonces no fue aquí, sino en otro grupo. Anda, vamos a mirar en otro, y acabemos con esto.

—Yo también creo que fue aquí —dijo lentamente Felicia.

Michael se volvió a mirarla hoscamente.

—Si hubiera sido aquí —dijo con gran paciencia—, repito que veríamos el nicho tapado con una plancha sujeta con cuatro cuñas. Y no la vemos, ¿verdad? Mira, Felicia, era de noche, no había aquí iluminación maravillosa, precisamente. Estamos equivocados, eso es todo, así que vamos a mirar en aquel otro grupo.

—Muy bien —dijo Evans—, claro que vamos a mirar en otro grupo, pero yo os digo que fue aquí.

Las miradas de todos estaban fijas en aquella parte del grupo de nichos adonde se habían dirigido directamente. La verdad era que todos creían que había sido allí, ninguno había vacilado. Pero no era menos verdad que no había allí plancha de cemento alguna sujeta con cuatro cuñas. Había nichos vacíos, y nichos ocupados, que ostentaban viejas planchas con inscripciones o pequeñas lápidas de mármol. Pero ningún nicho tapado con una plancha de mezcla de cemento sujeta con cuatro cuñas.

—Debemos estar equivocados —insistió Michael.

Hacía un hermoso día, soleado, cielo diáfanamente azul. La paz era agradable en el cementerio. Ya no se veían fuegos fatuos, ni las esculturas parecían formas grotescas ni siniestras. Había angelitos de mármol. Flores, Césped. Cipreses. Hermoso día.

Sarah Murray era la única que no decía nada. Estaba lívida. Sus ojos iban de un lado a otro por el grupo de nichos, en busca de aquél donde la noche anterior habían metido a su marido. Una búsqueda inútil. Tenían que haberse equivocado de grupo, eso era todo. Eso era todo.

Michael Bermudes la miró, hizo un gesto de comprensión, y se acercó a ella. Le tomó el rostro entre las manos, y le sonrió cariñosamente.

—Vamos, Sarah, no seas tonta. No pasa nada. Dentro de unos minutos, en otro grupo, encontraremos el nicho donde está Arnold, y la broma habrá terminado. Ven conmigo —le pasó un brazo por los hombros—. Vamos a ese otro grupo y verás como está allí. Nos hemos equivocado, eso es todo.

CAPITULO IV

Finalmente, hacia las doce de la mañana, llegó el hombre alto y de revuelta cabellera oscura. Tan revuelta que parecía un mar de rizos. Vestía correctamente, pero con un cierto descuido que sólo conseguía poner de relieve una elegancia natural, deportiva. Era un atleta de metro ochenta, hombros anchísimos, manos grandes. Se apeó del coche sin distintivo policial alguno, y miró hacia el grupo de personas que había ante unos de los bloques de nichos.

Toda aquella parte del cementerio estaba llena de agentes de policía de uniforme, que iban de un lado a otro. No menos de seis coches policiales se veían estacionados cerca de un coche particular y de una camioneta.

Dos de los agentes de uniforme se acercaron rápidamente a él. Eran los del coche que había llegado en primer lugar al cementerio, atendiendo la llamada de uno de los empleados de éste.

Desde unos veinte metros, Felicia Owens estuvo mirando el rostro del recién llegado mientras los dos policías le ponían al corriente de lo que estaba sucediendo. Un rostro enérgico, anguloso... Sus ojos eran negros. Tenía el mentón agudo, pétreo. De cuando en cuando, el recién llegado miraba hacia ellos, pero eso era todo. No hizo gesto alguno, salvo alzar una ceja en un par de ocasiones. Por fin asintió, y se acercó calmosamente al grupo de pálidos personajes partícipes en la apuesta.

—¿Señora Murray? —preguntó.

—Aquí —murmuró Michael, que sostenía a Sarah abrazándola por la cintura.

El hombre se acercó.

—Soy el teniente Lawrence Dunhill, de Homicidios. Creo haber entendido que todo esto es una apuesta con extraño sentido del humor, pero espero que se den cuenta de las graves consecuencias que puede acarrear.

—¿A qué se refiere usted? — jadeó Michael.

—Si no encontramos pronto al señor Murray existe el peligro de que éste fallezca. ¿No han pensado en ello?

—No... Claro que no. Bueno, no tiene por qué ocurrir eso. Lo hicimos todo de modo que tuviese aire, y... Bueno, no.... no es posible que esto dure mucho más. ¡Lo encontraremos!

—Por supuesto. Y esperemos que a tiempo. Si no es así, todos ustedes serán acusados de homicidio por imprudencia.

Sarah, que escuchaba a Dunhill con los ojos muy abiertos, se echó a llorar, de pronto, cobijándose en el pecho de Michael, que se había convertido en su protector directo.

—¿No se está usted precipitando, teniente? —preguntó Felicia Owens.

—Ojalá sea así, señorita. Bien, aunque entiendo que ya han buscado ustedes y los agentes aquí presentes, repetiremos la búsqueda, ahora con un

cierto orden. Si les parece, podríamos empezar regresando a la entrada del cementerio, y acercándonos luego de nuevo aquí, a ser posible siguiendo el camino que tomaron anoche... ¿Les parece factible?

—Es una pérdida de tiempo —murmuró Jess Evans—; yo estoy seguro de que lo metimos en este grupo, teniente.

—Y yo también —dijo Felicia.

Larry Dunhill alzó brevemente una ceja.

—¿Y los demás? —preguntó—. ¿No están seguros?

La indecisión de los demás era evidente. Nadie contestó a la pregunta de Larry Dunhill. Este asintió con un gesto, y miró hacia el bloque de nichos.

—Le aseguro, señor, que no hay ningún nicho tapado con una plancha sujeta con cuñas —dijo uno de los agentes.

—¿Y en tos otros grupos?

—Tampoco. No al menos en toda esta parte relativamente nueva, pero si usted lo desea podemos ir mirando por todo el cementerio. Estas personas pudieron muy bien desorientarse completamente, y haber estado anoche lejos de esta parte.

—Es una posibilidad —dijo Dunhill.

—Ni remota —dijo Felicia—. Estuvimos aquí.

Lawrence Dunhill la miró, y por un instante pareció que iba a sonreír. Pero todo lo que hizo fue apretar un instante los labios, antes de decir:

—De momento, haremos lo que yo he dicho. Luego, ya veremos. Aunque posiblemente no habrá luego, ya que tan segura está de que fue aquí, señorita..., señorita...

—Owens. Felicia Owens. Y fue aquí.

—Me gustan las personas de ideas firmes —dijo Dunhill—. Bien, vamos a empezar por el principio...

* * *

En el silencio del ataúd, el corazón latía acompasadamente, fuerte, sano, poderoso.

Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom...

Y eso era todo.

Por lo demás, silencio y quietud absolutos.

Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom...

* * *

Las cuatro de la tarde.

El teniente Dunhill entró en el cuarto del Departamento de Policía donde esperaban las siete personas implicadas en el angustioso caso. Llevaba en una mano unas cuantas cuartillas mecanografiadas, que exhibió con sobrio gesto.

—La declaración conjunta de todos ustedes —dijo—. Volveré dentro de un rato, cuando la hayan leído, y, si están de acuerdo con el texto, firmado

todos ustedes. ¿Necesitan algo? ¿Señora Murray?

Sarah Murray movió negativamente la cabeza. Estaba pálida, pero serena ahora. Una serenidad que tos tenía sorprendidos a todo. Al menos, a Dunhill, que tenía la certeza de que era una serenidad tan forzada que en cualquier momento podía devenir en una histeria incontenible.

Larry salió del cuarto, tras dirigir una mirada de soslayo, rapidísima, a Felicia Owens, que se dio cuenta. Pero no hubo tiempo de más. La puerta se cerró tras Lawrence. Jess Evans, que se había hecho cargo de la declaración, murmuró:

—Si queréis la leo yo, y así nos enteramos todos a la vez.

—No creo que haya ahí nada más que lo que hemos dicho todos —dijo Felicia—, pero siempre es mejor enterarse bien de lo que uno firma. Lee, Jess.

Jess Evans comenzó a leer.

En aquel momento, Larry Dunhill entraba en su despacho. El sargento Koch, que solía trabajar con él cuando se presentaban casos de auténtica importancia que requerían un buen apoyo para las investigaciones de Dunhill, estaba sentado a su mesa, con los pies sobre ésta, con un cigarrillo colgando de los labios.

—¿Qué? —preguntó.

—La van a leer. Tú quédate aquí, por si quieren algo, o si devuelven la declaración firmada. Yo voy al cementerio.

—¿Para qué?

—Hombre. Dave...

Jess Evans comenzó a leer.

En aquel momento, Larry Dunhill entraba en su despacho. El sargento Koch, que solía trabajar con él cuando se presentaban casos de auténtica importancia que requería un buen apoyo para las investigaciones de Dunhill, estaba sentado a su mesa, con los pies sobre ésta, con un cigarrillo colgando de los labios.

—¿Qué? —preguntó.

—La van a leer. Tú quédate aquí, por si quieren algo, o si devuelven la declaración firmada. Yo voy al cementerio.

—¿Para qué?

—Hombre. Dave...

—Todo eso es mentira. Demonios. Larry, tiene que serio. No soy capaz de entender qué están tramando esas siete personas, pero están mintiendo. Un ataúd no desaparece así como así. Y no digamos todo un bloque de nichos.

—Sería una mentira de lo más absurda.

—Sí... Es cieno. Pero uno nunca sabe lo que son capaces de idear otras personas. Esto no tiene sentido, que demonios. La broma en sí, o la apuesta, ya se las trae, pero pase. Lo que yo no puedo tragarme es que desaparezca un ataúd con una persona viva dentro.

—Quizá ya no esté viva.

—Hicieron un agujero en el ataúd, ¿no? Y la losa no estaba encajada con

cemento, sino sujeta con cuñas. Eso quiere decir que en ningún momento le puede faltar aire a Arnold Murray..., si es que realmente está dentro de un ataúd.

—¿Dónde, si no?

—¡Y yo qué demonios sé! Pero esto no me gusta nada. ¡Nada!

—Bueno, tú sigue pensando. Yo vuelvo al cementerio.

—Sólo conseguirás perder el tiempo y que te molesten cientos de periodistas y miles de personas. Aquello parece Main Street desde las once de la mañana. ¡Pasen, señores, pasen, la principal atracción del circo, la búsqueda de un féretro con un vivo dentro, pasen y diviértanse»...! ¡Cuervos!

—La gente sólo es un poco sádica —sonrió Dunhill—, pero tú eres maquiavélico. Si lo han encontrado ya, te llamaré en seguida.

—Si lo hubiesen encontrado ya nos habrían avisado en seguida.

—Si lo hubiesen encontrado ya nos habrían avisado en seguida a nosotros. No lo encontrarán. Hay cientos de personas buscando ese maldito nicho, así que, aunque estuviese en el último rincón del cementerio ya lo habrían encontrado. Te digo que hay algo muy raro en todo esto.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero comprenderás que no vamos a dejar de buscar mientras haya una esperanza de encontrar a Arnold Murray. Hasta luego.

* * *

Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom, Pom-Pom...

* * *

Las seis y cuarto de la tarde.

Lawrence Dunhill entró en el cuarto donde esperaban las siete personas implicadas en el extraño caso. Captó las interrogantes miradas de todos, y movió negativamente la cabeza.

—Nada todavía. Gracias por haber firmado la declaración... Ahora, me estoy preguntando si no desean ustedes cambiarla.

Hubo un instante de sorprendido silencio. Luego, Michael masculló:

—¿Cambiarla? ¿Qué quieres decir?

Larry lo miró directamente, con gesto amable.

—Todo el cementerio ha sido examinado, señor Bermudes. No ha quedado un solo rincón, un solo nicho que no haya sido registrado. En estos momentos, hemos obligado al público a desalojarlo, y hay unos cuantos agentes en las entradas. Buscar más nos parece absolutamente inútil.

Sarah emitió un gemido, escondió el rostro entre las manos, y rompió a llorar.

—Supongo que ya está contento —dijo fríamente Michael.

—Claro que no. No era mi intención lastimar a la señora Murray. Pero me permito insistir en que quizá ustedes tengan algo nuevo que decir.

—¿Por ejemplo? —preguntó Felicia.

—Señorita Owens, me atrevo a opinar que es usted una muchacha inteligente. ¿Le parece que todo esto tiene un mínimo de lógica?

—La verdad es que no —admitió Felicia.

—Entonces comprenderá usted que busquemos alguna explicación que sí la tenga. Miren, sí ustedes hubieran colocado un ataúd en un nicho, lo habríamos encontrado. Así de simple. Y no lo hemos encontrado.

—¿Quiere decir que no colocamos el ataúd donde le hemos dicho? —intervino Evelio Gómez.

—Bueno, ésa podría ser una de las explicaciones, señor Gómez.

—¿Y qué más? —Preguntó Linda—. ¿Qué otras explicaciones se le ocurren a usted, teniente?

—A mí, la verdad, ninguna. Por eso les pregunto a ustedes.

—Lo que es tanto como decir que hemos mentido —dijo Conchita Bermudes.

—Las mentiras existen, señorita Bermudes. Se están utilizando constantemente en todas las actividades de la vida, y por toda clase de personas.

—¿Qué clase de personas supone usted que somos nosotros? —preguntó Felicia.

—Mi opinión sobre ustedes no viene al caso. Yo estoy haciendo mi trabajo, señorita Owens. Y sé hacerlo bien..., siempre y cuando disponga de los datos adecuados.

—Ya los tiene usted —dijo Linda—. Constan con toda exactitud en nuestra declaración firmada.

—Pero quizá quieran cambiar algo.

—No es que no queramos —dijo Michael—, es que no podemos. Si cambiásemos algo sería cuando mentiríamos. ¿Desea usted que mintamos, teniente?

—Su insolencia es innecesaria, señor Bermudes.

—Lo siento —masculló Michael—. Escuche, les hemos dicho toda la verdad, la hemos firmado, no podemos cambiar nada... ¿Cómo tenemos que decirlo?

—Está bien. Buenas tardes a todos.

—¿Podemos marcharnos? —exclamó Evans.

—Sí. Tenemos sus nombres, direcciones y teléfonos. Les llamaremos o visitaremos si precisamos algo de alguno de ustedes. Bueno, tengo que rogarles que no salgan de la ciudad, naturalmente. Espero que se hagan cargo.

Todos asintieron, en silencio. Larry Dunhill salió del cuarto. Segundos más tarde entraba en su despacho. David Koch, que estaba haciendo anotaciones en un bloc, alzó la cabeza.

—¿Qué, han querido cambiar algo?

—No.

Dunhill se sentó ante su mesa, y encendió un cigarrillo. Koch, tras

observarlo en silencio durante unos segundos, mascculló.
—¿Les has autorizado a marcharse?
—Sí.
—Este va a ser un trabajo duro y laborioso. Dando por sentado que han dicho la verdad, parece evidente que alguien tuvo que llevarse en algún momento el ataúd. O quizá ese Arnold Murray sea un gran bromista, y haya querido llevar la broma demasiado lejos.
—¿Qué quieres decir?
—Bueno, pudo salir del ataúd, esconderse, y...
—No. El ataúd estaba cerrado.
—Han podido mentir.
—Si ellos están diciendo la verdad no veo por qué tendrían que mentir en eso del cierre.
—¿Tú crees que están diciendo la verdad?
—No lo sé. Algunos de ellos creo que sí.
—Alí, ya —sonrió Koch—. Te gusta la chica, ¿eh?
—¿Cuál de ellas? Hay cuatro.
—Pero la rubita es encantadora. ¿Cómo se llama...? Owens, Felicia Owens, eso es. La mexicana tampoco está mal. La otra está muy potable. Pero la señora Murray, pobrecilla, es más bien fea... ¿No te parece?
—¿Qué estás tratando de decir, Dave?
—Oye, si quieres hacerte el tonto con esa gente, de acuerdo, porque cuando uno se hace el tonto es cuando mejor engaña a los que son más tontos que él. Pero a mí no pretendas tomarme el pelo, te lo advierto. Maldita sea, hombre, tú tienes que estar dándoles muchas vueltas en la cabeza a este asunto. ¿O no?
—¿Qué se te ocurre a ti?
—Bueno, todo tendría bastante más sentido si la persona metida en el ataúd fuese la señora Murray. Nos hemos enterado de que ella tiene mucho dinero, y que Arnold Murray era pobre como una rata cuando se casó con ella. Puesto que es fea, tendría sentido que le hubiese ocurrido algo a ella, y así, el marido heredaría y se dedicaría a procurarse chicas bonitas, como la señorita Owens, pongo por caso. Pero que sea él quien esté.... pasando un mal rato no tiene sentido para mí. ¿Y para ti?
—Tampoco.
—Ninguna de esas personas tiene antecedentes criminales, me he asegurado bien —murmuró David Koch—. Nada de nada. Si fuesen gente de cuidado podríamos... someterlos a una determinada presión, pero están limpios de todo. Un grupo de amigos normal y corriente.
—Quizá no.
—¿Cómo que no?
—Quizá haya algo en el grupo que no podemos ver o saber.
—Entonces, ya vienes a las mías: sea lo que sea, por extraño que parezca todo, están tramando algo. O eso, o el tal Arnold Murray es un tipo de los más

«simpático y divertido» y les está gastando a todos la gran broma...

* * *

Pom-Pom... Pom-Pom... Pom-Pom... Pom-Pom
Esto era todo dentro del ataúd.
Oscuridad absoluta.
Y el latir de un corazón.
Pom-Pom... Pom-Pom... Pom-Pom...

CAPITULO V

Felicia Owens estaba en la cocina cuando sonó la llamada a la puerta de su apartamento. Hacía poco que se había duchado, y llevaba el cabello recogido. Por toda indumentaria, la toalla de baño rodeaba su cuerpo desde las axilas hasta casi la mitad de los muslos.

Titubeó un instante, pero se dijo que debía ser alguno de sus amigos, así que desistió de buscarse otro atavío.

Se arrepintió en cuanto abrió la puerta. Ante ella, el teniente Dunhill, tras alzar una ceja, sonrió y saludó:

—Buenas noches, señorita Owens.

Felicia se sofocó un instante. En seguida, sus ojos se abrieron mucho, y en su lindo rostro apareció una expresión de alegría.

—¿Lo han encontrado? —exclamó.

—No, no. Lo siento. La habríamos avisado por teléfono, en ese caso.

—Sí... Claro. Claro.

—Quisiera hablar unos minutos con usted, si no tiene inconveniente. Naturalmente, esperaré a que se vista, si lo desea.

—No, no... Pase, por favor.

—Gracias.

Felicia cerró la puerta cuando hubo entrado Larry, y señaló hacia el fondo del apartamento.

—Iba a prepararme algo para cenar. Si usted gusta...

—Pues sí. Encantado. Gracias.

—¿Si? —se pasmó Felicia.

—¿Perdón?

—Bueno, le he dicho... si quería usted cenar.

—Y yo he aceptado encantado —se sorprendió Lawrence—. ¿Algo no va bien?

—Bueno...

—¿Creyó usted que iba a rechazar su invitación? En ese caso, no se preocupe, ya cenare cualquier cosa por ahí.

—Claro que no —se sonrojó ahora intensamente Felicia—, He sido terriblemente descortés, perdóneme.

—¿Descortés? ¿Por invitarme a cenar?

—No, por.... por esperar que rechazara la invitación...

—Es lo malo de los cumplidos, de las fórmulas de cortesía. Uno habla por hablar, porque cree que debe decir tal o cual cosa, y a veces se encuentra en pequeños líos. Pero ya le digo que no se preocupe, puedo cenar en cualquier parte.

—¿Y por qué no en su casa?

—Es más agradable poder conversar con alguien. He hecho muy buenos amigos en los mostradores de los snacks.

—¿Vive usted solo?
—Sí. ¿Y usted?
—También.
—Interesante coincidencia.
—Entonces... ¿se queda?
—Yo no tengo ningún inconveniente.
—Yo tampoco —sonrió Felicia—, Espero que no sea usted demasiado exigente.
—En absoluto. Bueno, me gusta comer bien, pero eso no puede ser, no, no me significa ningún trauma... Huele usted muy bien.
—¡Gracias! —Rió de pronto Felicia—. Bueno, pase. ¿Quiere tomar algo mientras me visto?
—Estupendo. A decir verdad he estado a punto de tomarme una cerveza antes de venir, pero me privé de ella para que usted no la oliese. A veces resulta desagradable.
—Es usted muy atento, de veras. Bien, encontrará cerveza en el frigorífico... Considérese en su casa.
—Eso sí suena bien —sonrió Lawrence Dunhill.
—Vaya, por fin le veo sonreír... Tiene una sonrisa muy atractiva. Bueno, todo usted es muy atractivo, supongo que ya lo sabe, teniente.
—Sí, he tenido algunas informaciones al respecto. Supongo que usted se encuentra en el mismo caso.
—¡Así es! —Volvió a reír Felicia—. Bueno, se diría que se ha... humanizado usted bastante, ¿no?
—Hay momentos para todo en la vida, señorita Owens.

* * *

Pom-Pom................................ Pom-Pom.................................. Pom-Pom..................................
Pom-Pom. Pom-Pom. Pom-Pom. Pom-Pom. Pom- Pom

* * *

—¿Está lo bastante fría para su gusto?
Larry se volvió hacia la puerta de la cocina tras echar otro trago de cerveza. Una de sus cejas se alzó brevísimamente. Felicia se había puesto unos pantalones blancos y una escotada blusa azul. Sus cabellos, todavía un poco húmedos, estaban recogidos en un gracioso moño que parecía de hilos de oro. Su piel era muy blanca, pero tenía una tonalidad como tostada de so!, muy suave. Los brazos eran redondos, perfectos. Los senos, altos, firmes, plenos, se marcaban deliciosamente en la blusa, su esbelto cuello parecía de crema.
—Está estupenda, gracias —murmuró Larry.
—Me alegro. La verdad es que casi nunca bebo cerveza. La tengo porque

algunas veces vienen mis amigos, y a ellos sí les gusta.

—Es una bebida refrescante, más bien digestiva y con poco alcohol. Casi inofensiva.

—Podía haber esperado usted en la salida,

—Oh, me encontraba a gusto aquí. He estado pensado que ya no parece usted demasiado preocupada por el señor Murray.

—¿Se ha dado cuenta? Bueno, he tenido tiempo de pensar a solas, con calma. Se me ha ocurrido que esto tiene que ser una broma de Arnold. Una broma pesada, claro. Cuando le vi a usted pensé que lo habían encontrado, pero al decirme que no, he vuelto a pensar lo mismo de antes.

—¿Y es...?

—Seguramente él ya nos tenía preparada esta estúpida broma hacía tiempo, y en estos momentos está por ahí, divirtiéndose con el jaleo que ha organizado.

—Ya... O sea, que usted cree que él pudo salir del ataúd y del nicho.

—Bueno... Del nicho podía salir con toda facilidad. Sólo tenía que empujar la losa y hacerla caer fuera. Pero del ataúd... Claro que pudo romper los cierres, ¿no cree?

—No.

—¿No? —se envaró Felicia.

—No, no lo creo. He pensado en ello. Si yo estuviese encerrado dentro de un ataúd y pudiese mover los brazos hasta colocarlos adecuadamente, es posible que empujando hacia arriba lograse reventar la tapa. Pero debería tener los brazos en la postura adecuada. Y me temo que dentro del ataúd, una vez estirados los brazos, eso no sería fácil. ¿Es muy fuerte el señor Murray? ¿Muy, muy, muy fuerte?

—Normal... Menos que usted, desde luego.

—Entonces me temo que no habrá podido salir. Claro que quizá alguno de sus amigos, cómplice de la broma, pudo abrir los cierres disimuladamente, sin que lo vieran los demás... ¿Le parece que pudo ser así?

—No. Yo vi colocar los cierres. Luego ya nadie pudo abrirlos. Lo habríamos visto.

—Ya. Bueno, en ese caso me temo que el señor Murray debe estar pasando un mal rato.

***

Pom...Pom .... Pom...Pom..........
Pom...Pom .... Pom...Pom............
Pom... Pom ....

* * *

—O sea, que usted cree que le hemos dicho la verdad, y que Arnold está perdido en algún nicho en el que no han mirado.

—Eso no me parece posible —negó Larry—. El cementerio ha sido registrado completamente, con orden, sistemáticamente.

—Pues es todo un misterio —sonrió Felicia.

—Pero entiendo que usted cree que de un modo u otro el señor Murray consiguió salir del ataúd, y que nos está gastando a todos la broma del siglo.

—¿Qué otra cosa puede ser? Si pensamos serenamente en todo esto sólo podemos admitir esa explicación, teniente.

—Bueno... En realidad yo he venido aquí en busca de otras posibles explicaciones, señorita Owens.

—O sea que ha venido a interrogarme.

—A conversar con usted.

—A conversar... Bueno, pues conversemos, mientras preparamos la cena. Puedo hacer sopa de pescado y luego pollo al horno. ¿Le parece bien?

—¡Caramba, ya lo creo! Es usted muy buena cocinera.

—Claro que no —rió Felicia—. ¡Todo está ya preparado! Oh, vamos, teniente, usted hace lo mismo que yo, supongo. ¿Por qué complicarse la vida en la cocina? ¡

—De acuerdo por completo. Es más divertido complicársela con otras cosas, según parece.

—Se refiere a lo de Arnold, claro.

—Sí. Ese grupo de ustedes..., ¿están bien avenidos, son buenos amigos, no hay... rencillas de ninguna clase, envidias, recelos, cosas así?

—Somos todos un poco... despreocupados. El pollo es con hortalizas, ¿qué le parece?

—Estupendo. ¿Despreocupados?

—Quiero decir que cada uno vivimos nuestra vida sin preocuparnos por la del prójimo. En esas circunstancias, generalmente no es fácil que surjan rencillas ni nada por el estilo.

—O sea, que no se le ocurre a usted nada por lo que alguien del grupo quisiera hacerle alguna mala pasada al señor Murray.

—Francamente, no. Arnold es simpático, guapo, sabe convidar a los amigos... Lo único que se le podría envidiar es poder disponer de dinero, pero el dinero es de Sarah, así que ni eso... Y en cuanto a Sarah, no me tome usted por una mala amiga, pero yo diría que no es la mujer que se le puede envidiar a ningún hombre, ¿verdad?

—Tengo que admitir que sí. Otra cosa sería si la esposa de Arnold Murray fuese usted, por ejemplo.

—¿Qué quiere decir? —se quedó mirándolo fijamente Felicia.

—Pues está bien claro: que usted es muy bonita, y sí sería la esposa que podría envidiarle a cualquier hombre.

—No sé por qué, pero no me hace gracia el modo en que dice usted eso, teniente.

—Me estaba preguntando si el señor Murray no intentó alguna vez... Bueno...

—¿Meterse conmigo?

—Sí.

—Pues no, no lo intentó.

—¿Ni siquiera antes de casarse con Sarah Vanderlin? ¿Nunca se interesó por usted?

—Bueno, tampoco hay que exagerar. La verdad es que cualquiera de los cuatro amigos del grupo se acostaría conmigo si pudieran, claro, pero en ese aspecto las cosas quedaron bien claras desde el principio. No me gustan los barullos sexuales. El sexo es una cosa demasiado... bonita y agradable para complicarla con tonterías.

—¿El señor Murray nunca le pidió nada en ese sentido, ni antes ni después de casarse con Sarah Vanderlin?

—Tonteó un poco antes de casarse, pero se decidió por los dólares de Sarah, y ahí terminó todo. Huele muy bien esta sopa, ¿no le parece?

— Pues sí, huele muy bien —sonrió Larry—. Va a ser una cena suculenta. ¿Y con las demás mujeres? ¿Intentó algo el señor Murray?

—No. En serio, no. Tonterías, bromas... Teniente, ¿adónde quiere usted ir a parar?

—Se me ocurrió que las cosas tendrían sentido si la desaparecida fuese la señora Murray... ¿Puedo tomar otra cerveza? He pasado un día sediento. Hace calor, ¿eh?

—Ya le he dicho que se considere en su casa, así que puede tomar lo que quiera, teniente.

—¿Absolutamente todo lo que quiera?

—Por supuesto.

Lawrence Dunhill abrazó a Felicia Owens por la cintura, la estrechó contra su pecho y la besó en la boca. Por un instante, Felicia estuvo inmóvil. Luego, simplemente, se abrazó a su veza la cintura de Larry y se dedicó a devolver cumplidamente el beso. Cuando él subió una mano y le acarició un pecho, Felicia emitió un gemidito y sus labios parecieron fundirse todavía más con los del teniente de Homicidios.

Cada uno de ellos sentía el fuerte y rápido latir del corazón del otro.

* * *

Pom .... Pom ....
Pom .... Pom ....
Pom .... Pom ....
Pom .... Pom .... Pom........................

* * *

Lawrence Dunhill separó por fin su boca de la de Felicia, y musitó:

—Me importa un pito que no sepas cocinar. Lo que he estado deseando

hacer durante todo el día ha sido esto, no cenar sopa de pescado y pollo con hortalizas.

—Sinceridad por sinceridad —rió Felicia—, ¡yo he estado deseando lo mismo! Y por supuesto estaba firmemente decidida a acosarte en cuanto terminase este tonto asunto.

—No tan tonto —murmuró Larry; volvió a besarla, ahora más breve y suavemente—. No tan tonto, Felicia. Supongamos que vas por la calle y ves un burro volando: ¿qué pensarías?

—Pues que hay algún truco en el burro. Sólo que Arnold no es precisamente un burro. Es un hombre inteligente, de veras.

* * *

Pom .... Pom.............

Pom .... Pom............

Pom ....

Pom ....

* * *

—¿Qué te ha gustado más? ¿La sopa o el pollo?

—A mí me gusta todo. Lo que no fríe gusta es fregar platos —Larry hizo un gesto de disculpa—. Lo siento pero es así.

—No te preocupes por eso. Los fregaré yo por la mañana, después de que te hayas ido.

Se quedaron mirándose fijamente, Felicia sonriendo. Larry acabó por mover la cabeza con un gesto que expresaba asombro y agrado.

—Bueno, así pasan las cosas a veces, ¿no?

—A menos que tengas trabajo esta noche —susurró ella.

—Voy a decirte la verdad —murmuró Larry—, estoy trabajando ahora. Es decir, mi trabajo eras tú. Nos lo hemos repartido. En Homicidios pensamos que hay algo fuera de lo normal en todo esto, y hemos decidido vigilar a todos los del grupo, a ver qué hacéis. Algo tendrá que hacer alguno de vosotros, pues de lo contrario nada tendría sentido. Lo del burro volando, ¿comprendes? Así que lodos estáis... bajo control. Discretamente, eso sí.

—Entiendo. Y tú, como director del grupo policial que está a cargo de todo esto, Has elegido tu propio sospechoso: yo.

—Al menos admitirás que tengo buen gusto —sonrió Larry, un tanto indeciso—. ¿Estás enfadada?

—No. Ni pizca. Si todo esto ha servido para que nos conozcamos, me parece muy bien. Y por otra parte, no soy tan estúpida como para reprocharle

a un hombre que esté haciendo su trabajo. Bueno, eso significa que si te vas de aquí ahora no tendrás nada que hacer por ahí esta noche, ¿no es así?

—Así es. Todos tenemos ya nuestro cometido.

—Muy bien. ¿Te parece que tomemos café en la salita?

—Muy bien.

—Lo preparo en unos minutos. Ponte cómodo allí.

Larry sonrió y se dirigió hacía la salita, dejando a Felicia en fa cocina, donde habían cenado. El policía miró alrededor, con un gesto divertido. Cualquier semejanza entre aquel apartamento y el suyo sería cosa de locura. Siempre hay diferencias entre el lugar donde vive un hombre solo y una mujer sola.

Se quitó por fin la chaqueta, pues, en efecto, estaría más cómodo. Encendió un cigarrillo, y se sentó en el sofá, junto al cual estaba una graciosa mesita con un cenicero y un libro forrado con una cubierta de plástico que le venía un poco grande. ¿Qué debía leer Felicia? Tomó el libro. Un tratado de Psicología, interesante afición la de la muchacha, sin duda. Estuvo unos minutos fumando y leyendo por encima algunos párrafos. La lectura comenzó a interesarle. A fin de cuentas, si algo debe tener un buen policía es psicología. Claro que ésta puede adquirirse formalmente en estudios universitarios o bien en la práctica de la vida diaria...

Alzó la cabeza al oír el taconeo. Felicia apareció en la salita, con el café.

—Interesante libro —dijo Larry—, ¿Puedo confiar en que me lo prestarás cuando termines de leerlo?

—Claro que sí. ¿Te pones azúcar?

—No, nunca. ¿Por qué le has puesto este forro al libro? Es un poco incómodo, ¿no te parece?

—Sí, pero sucede que yo amo los libros. Te explicaré... Casi todos los días voy a la piscina, para nadar un poco y tomar el sol, y suelo llevarlo, éste o el de turno. Me gusta leer al sol. Pero hay gente que no tiene cuidado, y ya me han salpicado varios libros, así que ahora los protejo con ese forro de plástico.

—Muy adecuado.

* * *

Pom....................................

Pom.....................................

* * *

Lo primero que se quitó Felicia fue la blusa, y acto seguido el sujetador. De pie frente a ella en el dormitorio, Larry Dunhill se quedó mirando los hermosísimos senos, que vibraron sugestivamente al quedar libres.

—Me pregunto por qué llevas sujetador —susurró—. He visto millones de chicas que no lo llevan, y tienen los pechos mucho menos adecuados que tú para prescindir de él.

Felicia sonrió, le tomó las manos y se las colocó sobre los senos. Estaban tibios y endurecidos. Sin dejar de acariciarlos, Larry Dunhill se inclinó, y besó a la muchacha en los labios. Ella seguía sujetando sus muñecas anchas y fuertes, nervudas, acariciándolas con sus finos dedos suaves. Por su parte, Lawrence Dunhill sentía bajo su mano derecha el rápido y fuerte latir del corazón de la muchacha...

* * *

............................POM...............................

* * *

Felicia separó su boca de la de Larry y susurró:

—¿No vas a desnudarte tú también?

Larry retiró sus manos de los pechos femeninos, que ahora parecían arder, y estaban sometidos a una gran tensión de deseo. Procedió a quitarse lentamente la camisa, sin dejar de mirar a Felicia. Era un espectáculo bellísimo. Ella se había descalzado, y ahora se estaba quitando los pantalones, de modo que quedó pronto sólo con la braguita. Cuando se la quitó, Larry suspiró rotundamente. Felicia tenía el rostro arrebolado, y le brillaban mucho los ojos. Su cuerpo era de una belleza exquisita, quizá superada por la del rostro. Su sonrisa fue dulcísima cuando preguntó:

—¿A qué hora quieres que ponga el despertador?

Se movió hacia la mesita de noche, y tomó el reloj. Sus carnes vibraban deliciosamente. Larry Dunhill, que acababa de quitarse la camisa, cerró de pronto los ojos, y dijo:

—Tengo que marcharme.

Ella se volvió a mirarle vivamente, sobresaltada.

—¿Qué? —jadeó.

—Felicia, ¡tengo que marcharme!

—Larry, no... ¡No! Oh, no seas tonto... Tenemos derecho a esto, a todo lo que nos haga felices. Tengo veintitrés años, no estás abusando de...

—Tengo que marcharme —jadeó él.

Estaba lívido. Se había puesto rápidamente de nuevo la camisa, y caminaba ya hacia la puerta del dormitorio. Regresó rápidamente ante Felicia, y la besó en los labios, que ahora encontró rígidos.

Acto seguido, salió poco menos que corriendo del dormitorio de la más bella y encantadora muchacha que había conocido en su vida..., y de la que, sinceramente, se había enamorado aquella misma mañana, apenas verla en el cementerio.

* * *

....

* * *

Lawrence Dunhill, teniente de la Sección de Homicidios del Police Department salió del edificio donde tenía su apartamento Felicia Owens todavía poniéndose la chaqueta, y corriendo hacia donde había dejado su coche.

Se metió dentro, y un segundo más tarde arrancó a todo gas.

CAPITULO VI

Hacia las nueve y media de la mañana Larry Dunhill detenía su coche frente al edificio de apartamentos donde tenía el suyo Linda Carlin. Junto a él, el sargento Koch fue el primero en apearse. Acto seguido, los dos hombres entraron en el edificio, tornaron el ascensor, y salieron de éste en el cuarto piso.

Frente a la puerta de uno de los apartamentos había un agente de uniforme, que acudió rápidamente hacia los dos detectives.

—¿Teniente Dunhill?

—Sí.

—Mi compañero está dentro, señor. Fue él quien le llamó a usted, por deseo expreso de la señorita Carlin.

—Muy bien, gracias.

—A nosotros nos llamaron unos vecinos. La señorita Carlin salió al pasillo gritando como enloquecida, según nos han explicado. Pero parece que ya se ha calmado, señor.

Larry asintió con un gesto, y entró en el apartamento, donde había algunos vecinos de planta de Linda Carlin. Esta se hallaba en pijama todavía. Parecía, efectivamente, serena, pero todavía quedaba en su rostro como un rastro de miedo, y estaba muy pálida. Al ver aparecer a Larry se puso en pie de un salto, y abrió la boca, pero Larry le pidió silencio con un gesto. Luego, cortésmente, rogó a los vecinos que volvieran a sus apartamentos. Koch fue con ellos hasta la puerta. Regresó, y se quedó mirando a Linda Carlin desde el umbral del saloncito.

—Muy bien —murmuró Larry entonces—, ¿qué es exactamente lo que ha ocurrido, señorita Carlin?

—¡Han querido matarme! —jadeó Linda.

—¿Por qué supone eso? Según tengo entendido se ha tratado de un simple escape de gas...

—¡Claro que no! —Chilló Linda—. ¡De ninguna manera!

—Bueno, me gustaría escuchar directamente de usted lo que ha pasado, y veremos entonces cómo enfocamos el asunto. Le ruego que explique las cosas de un modo objetivo. ¿Me comprende?

—Sí... Sí.

—La escuchamos.

—Bueno, yo..., yo estaba en el cuarto de baño terminando de arreglarme para salir, cuando olí a gas. De momento pensé que me equivocaba, pues no había encendido nada esta mañana todavía, pero el olor era... bastante fuerte. Salí del cuarto de baño, y entonces olí con más fuerza el gas, en todas partes... ¡Todo el apartamento estaba lleno de gas!

—Ahora no se huele gran cosa —dijo Koch.

—¡Porque abrimos las ventanas! Bueno, empecé a gritar, y salí al pasillo.

Estaba muy asustada...

—¿Por qué? Esa clase de accidentes son frecuentes. Seguramente dejó usted abierta alguna espita y...

—¡No! Anoche las cerré todas, siempre me aseguro bien de eso. Y esta noche no he utilizado el gas para nada. ¡Oh, por Dios, estoy segura de lo que digo, no soy ninguna idiota!

—Tranquilícese —murmuró Larry—, Veamos... Después de eso, ¿encontró usted abierta alguna espita del gas?

—No... Ninguna. Todas estaban cerradas. Todas

—En ese caso... —empezó Koch.

—Ve a echar un vistazo —le interrumpió Larry.

David Koch asintió, y desapareció. Larry Dunhill miraba amablemente a Linda Carlin.

—A decir verdad —dijo—, yo casi no huelo nada de gas. ¿Está segura de que todo estaba lleno de gas7

—Bueno... Supongo que me asusté mucho, y eso me hizo... exagerar un poco. ¡Pero había gas!

—¿Poco gas? —casi sonrió Dunhill.

—Bueno... Sí, no demasiado... ¡Pero podía haber habido mucho más si no me doy cuenta!

—Señorita Carlin, ¿cómo podía haber más gas si todas las espitas estaban cerradas? Incluso, naturalmente, me pregunto cómo podía haber no demasiado gas, en esas circunstancias. Lo lógico sería que no hubiese habido nada de gas.

—¡Pues había gas! ¡Pregunte a mis vecinos!

—De acuerdo. Bien, se diría que estamos ante otro... caso extraño, ¿no le parece? Todas las espitas cerradas, pero hay un poco de gas en el apartamento. ¿Se le ocurre alguna explicación?

—No... Bueno, no sé...

—¿No o sí?

—Quizá... alguien abrió las espitas de gas...

—¿Y luego las cerró?

Linda Carlin se mordió los labios, y permaneció en silencio. David Koch regresó al saloncito.

—La ventana de la cocina estaba cerrada. Da a la escalera de incendios, que desciende hacia el patio interior.

—¿Quieres decir cerrada por dentro?

—No. Bien pudo cerrarse desde afuera, simplemente bajando el marco. Es de guillotina.

—La señorita Carlin parece pensar que alguien pudo entrar en la cocina, abrir las espitas del gas unos minutos, y luego marcharse, cerrando la ventana. ¿Eso es factible, Dave?

—Desde luego.

Linda Carlin, que miraba de uno a otro con los ojos muy abiertos, emitió

un gemido, y escondió el rostro entre las manos. Los dos policías ¡a miraron inexpresivamente.

—Si hubiesen dejado las espitas del gas abiertas —murmuró lentamente Larry—, es posible que en estos momentos usted no estuviera precisamente bien, señorita Carlin. Al parecer, se trata de un... extraño accidente, o de una... broma.

—¿Una broma? —casi chilló Linda.

—O un extraño accidente —repitió Larry—. Lo evidente es que si ha sido una broma, no tenía una... mala intención final. En cuanto a lo del accidente, es posible. Quizá haya un escape en alguna parte de la instalación.

—Yo no lo creo —dijo Koch—. Si fuera así seguiríamos oliendo a gas, aunque ahora estén cerradas todas las espitas.

—Es verdad —parpadeó Larry—. Bueno, según todas las evidencias se trata de una «broma». ¿Tiene usted idea de quién puede ser tan peculiar bromista, señorita Carlin?

—También podría ser una amenaza —dijo Koch—, quiero decir una advertencia, o algo así.

—No seas bruto. Dave —mascculló Dunhill.

—Lo siento.

De nuevo miraba de uno a otro Linda Carlin, ahora con expresión desorbitada.

—Pe-pe-pero una... una amenaza.... ¿de quién? —tartamudeó—. ¿Por qué había de amenazarme nadie?

—Si usted no lo sabe... —la miró sorprendido Larry.

—¡Claro que no lo sé! ¡Y ustedes tienen la obligación de investigar qué ha pasado! ¡He podido morir!

—Nos ocuparemos de eso —dijo secamente Larry— Mientras tanto, me permito recomendarle que se someta a un examen médico. Nunca está de más tomar precauciones. Si lo desea, uno de los agentes la acompañará al hospital Y luego, si se encuentra usted en condiciones, le agradeceríamos que nos esperase en el Departamento.

—¿Por qué?

—Nos gustaría tomar su declaración, y además, claro está, la pondremos al corriente de nuestra investigación... Estamos tratando de hacerlo del mejor modo posible, señorita Carlin, y le ruego que lo entienda así,

—Si... Claro. Sí, haré... lo que ustedes quieran.

—Gracias. ¿Quizá desea que la acompañe alguno de sus amigos? En momentos así... El sargento Koch tiene los teléfonos de todos. ¿Quiere que llame al señor Gómez?

—¿Por qué a Evelio? —le miró vivamente Linda.

—Bueno —sonrió Larry—, quizá me he pasado de listo, pero me pareció ayer que ustedes dos... Lo siento, no he pretendido ser impertinente, ni meterme donde no me llaman. ¿A quién avisamos?

—Pues la verdad... A Evelio, sí —enrojeció un poco Linda, desviando la

mirada—. Es usted muy perspicaz, teniente.
—Es mi trabajo. Llama al señor Gómez. Dave, y dile que le agradeceríamos que se reuniera con la señorita Carlin en el hospital Saint James.
Koch asintió, y se acercó al teléfono. Consultó su libreta de notas, y efectuó la llamada. Segundos después, movió la cabeza.
—No contesta.
—Debe haber salido va de...
—No, no es eso. El timbre no suena, no se oye la llamada.
—¿Qué.... que significa eso? —exclamó Linda.
—Vamos, cálmese —dijo Larry—. Todo lo que puede significar es que el teléfono del señor Gómez está averiado. Nosotros iremos personalmente a avisarlo, y lo enviaremos al hospital. Vaya tranquila, señorita Carlin.

* * *

—Ah, señor Gómez, menos mal que le encontramos... ¿Está usted bien?
Evelio Gómez, que estaba ya vestido para salir, todavía con cara de sueño, se quedó mirando atónito de uno a otro detective.
—¿Qué pasa? —exclamó.
—Le hemos llamado por teléfono, pero debe tenerlo usted averiado. No se preocupe, no pasa nada grave. Es sólo que la señorita Carlin ha tenido un pequeño... contratiempo.
Evelio Gómez palideció. Se apartó de la puerta, y Larry y Koch entraron en el pequeño apartamento, cuya puerta cerró Evelio.
—¿Qué clase de «pequeño» contratiempo? —preguntó, con voz un poco ronca.
—Nada que deba inquietarle. ¿Usted está bien?
—¡Claro que estoy bien! ¿Qué demonios pretenden?
—¿Puedo echar un vistazo a su teléfono, señor Gómez? — pidió David Koch.
—Mientras tanto, si le parece, yo le explicaré el pequeño contratiempo que ha tenido la señorita Carlin —se ofreció Larry.
—Si... Está bien, si, hagan lo que gusten.
David Koch se adentró en el apartamento, y Larry comenzó a explicarle a Evelio Gómez lo sucedido. Todavía no había terminado cuando vieron aparecer a Koch.
—Larry.
—¿Sí. Dave?
—La línea está cortada.
—¿Cómo cortada? —exclamó Evelio.
—Los hilos están cortados fuera del apartamento, junto a la ventana de la cocina, aun lado de la escalera de incendios. Esto lo entiende usted, ¿verdad, señor Gómez?

—Sí... Sí, sí, pero no... no comprendo... ¿Cortados? ¿No rotos, o... o algo así?
—Cortados —dijo Koch.
—Creo que podemos atenernos a la idea inicial —dijo Larry—. Si le parece bien, puede ir a reunirse con a señorita Carlin al hospital Saint James, y luego acompañarla al Departamento.
—Pero... ¿qué es lo que pasa? —gritó Evelio.
—No sabemos con exactitud, señor Gómez, pero, según parece, alguien está... jugando. Por favor, diríjase al hospital. Nosotros tenemos muchas cosas que hacer. Creo que quien más cerca vive de aquí es Jess Evans, ¿no, Dave?
—Sí.
—Pues vamos allá.
—¿Qué pasa con Jess? —gritó de nuevo Evelio,
—Esperemos que nada —murmuró Larry Dunhill.

* * *

Sus esperanzas no se cumplieron.
Cuando llegaron a la puerta del apartamento de Jess Evans ya hacía unos segundos que oían rumor de excitadas conversaciones a medida que subía el ascensor.
Al salir de éste vieron a varias personas en el pasillo, todas frente a una de las puertas.
Al acercarse a ésta vieron a un hombre con un mono azul trasteando con una herramienta en la cerradura.
—¿Qué ocurre? —preguntó Larry.
—El señor Evans se ha quedado encerrado en su apartamento —explicó un vecino—. Parece que se ha estropeado la cerradura, así que hemos llamado al cerrajero. Lo arreglará en seguida.
David Koch mostró su credencial y rogó a todos que regresaran a sus ocupaciones. Larry Dunhill se acuclilló junto al hombre del mono azul.
—¿Cómo está eso?
—Parece que hay dentro algo que no permite que la llave haga girar el paño. La cerradura está bloqueada, de modo que no voy a tener más remedio que desmontarla de la puerta.
—Muy bien. ¿Necesita ayuda?
—No. señor —le miró mosqueado el hombre—. No necesito ayuda para hacer mi trabajo.
—No se enfade, hombre —sonrió Larry; se irguió, y llamó a la puerta con los nudillos—. Señor Evans, soy el teniente Dunhill. ¿Está usted bien?
—¡Estoy furioso! —Llegó la voz de Evans a través de la puerta—. ¡Maldita sea, Sáquenme de aquí de una vez!
—Es cuestión de minutos —aseguró Larry, mirando al operario—. ¿Verdad, amigos?

—Sí, minutos —gruñó el hombre—. Conque poli, ¿eh?

—Cada uno se gana la vida como puede.

Seis minutos más tarde, la cerradura fue desmontada de la puerta, que quedó abierta. Pareció que Jess Evans fuese a salir disparado, pero Larry le puso una mano en el pecho, y empujó suavemente.

—Por favor, espere un momento, señor Evans, Tenemos que hablar.

—¿De qué? ¡Todo lo que tenemos que hablar...!

—Cálmese. ¿Se sentirá más interesado si le digo que la señorita Carlin y el señor Gómez también han tenido esta mañana pequeñas dificultades?

—¿Qué? ¿Qué?

—Vamos adentro, y se lo explicaré todo.

Entraron en el living, todo confortable desordenado que podía esperarse en la vivienda de un hombre solo. Larry pensó en el apartamento de Felicia Owens, que era una monería, y sonrió. Jess Evans le miraba con el ceño fruncido, pero había en sus ojos un destello de inquietud.

—¿Qué tiene que explicarme?

Cuando Larry terminó la explicación. Evans ya se había controlado, y estaba fumando con expresión entre desconcertada y preocupada. David Koch apareció acompañado del cerrajero, que llevaba en las manos la cerradura desmontada.

—Había dentro un par de trozos de alambre —dijo Koch—, así que la cerradura quedó bloqueada.

—¿Quiere decir que se ha roto? —murmuró Evans.

—No, señor —dijo el operario en seguida—. Nada de eso. Esos dos alambres no forman parte de la cerradura. Quiero decir que alguien los ha metido por el agujero. ¿Comprende?

Era muy fácil de comprender, sobre todo después de haber escuchado Evans las explicaciones de Larry Dunhill. Pero el desconcierto de Jess Evans era evidente.

—¿Qué significa todo esto? —masculló.

—Nos gustaría poder decírselo —gruñó Koch.

Jess Evans miró de uno a otro detective. Luego murmuró:

—Al verlos antes se me ocurrió que... Bueno, ¿han encontrado va a Arnold?

—No. Y. por supuesto, señor Evans, hemos desistido de buscarlo en el cementerio.

—¡No pueden hacer eso! —Se excitó Evans—, ¡Tiene que estar en alguno de los nichos!

—Seamos razonables, señor Evans. Si ese ataúd es tuviese en un nicho va lo habríamos encontrado. No buscamos una moneda, sino un ataúd, compréndalo.

—Pero... pero... ¡en alguna parte tiene que estar!

—Ah, eso sí —admitió Larry—, Eso sí, naturalmente. Bien, dadas las actuales circunstancias, que usted admitirá que son bastante extrañas, le ruego

que vaya al Departa mentó a esperarnos allí. Espero que eso no le cause perjuicios.

—No... Claro que no. Además, quiero estar con Linda, debe estar muy asustada.

—El señor Gómez ya está con ella, pero siempre es mejor que sobren amigos a que falten. Incluso, si lo desea, puede avisar a los demás... Un momento —Larry miró al boquiabierto cerrajero—, ¿Espera usted algo?

—Sólo saber qué hago con esto —gruñó el hombre, mostrando la cerradura.

—¿Está estropeada, o se puede seguir utilizando?

—Está nueva. Después de quitar esos dos alambres todo ha de funcionar normalmente.

—Pues en ese caso, vuelva a colocarla en la puerta. Y muchas gracias —el operario salió, y Larry, tras reflexionar unos segundos, miró de nuevo a Evans —. Si le parece, puede usted avisar a la señorita Owens y a los hermanos Bermudes. Nosotros pasaremos a ver a la señora Murray. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

—Mientras usted hace esas llamadas nosotros vamos a ver que todo esté bien ahí fuera. Y creo que incluso convendría llamar al equipo de Huellas por si en la puerta hubiera alguna... Pero no parece posible, ¿verdad. Dave?

—Después de que ese tipo ha estado metiendo sus manazas en todas partes no encontraríamos nada utilizable —gruñó Koch.

—Mala suerte. Bueno, señor Evans, haga sus llamadas. Nosotros vamos a preguntar si alguien ha visto a algún desconocido en el edificio. Nunca se sabe.

Larry y Dave estaban en el pasillo del piso charlando con algunos vecinos cuando vieron salir a Jess Evans de su apartamento. La expresión de Evans no podía ser más reveladora, así que Larry hizo una seña a Koch para que continuara conversando con ¡os vecinos, y se acerró a Evans, que en aquel momento era interpelado por el operario. Evans le pagó, y el hombre se fue, mirando de reojo a Larry, que le sonrió amablemente.

Llegó ante Evans diciendo:

—Parece que su cerradura vuelve a funcionar, pero temo que no vamos a tener suerte con los vecinos. Al parecer, nadie vio a nadie sospechoso... Hay alguna novedad, ¿verdad, señor Evans?

—No he podido localizar a Felicia. Su teléfono no contesta. Quiero decir —se apresuró a aclarar—, que suena, pero ella no responde.

—Quizá esté en la piscina tomando el sol.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Bueno, hace un hernioso día, y pude observar que la señorita Owens está bellamente bronceada. ¿Localizó a los Bermudes?

—Sí. Están que echan fuego, sobre todo Michael... Esta mañana ha encontrado deshinchadas las ruedas de su coche. Las cuatro. Por eso lo he encontrado en casa.

—¿Pinchadas?

—No, no: deshinchadas; sin aire, eso es todo. ¡Maldita sea... no entiendo nada de todo esto!

—Al parecer —murmuró Larry—, alguien les está gastando a ustedes una broma, señor Evans.

—¡Pues no tiene ninguna gracia!

—Desde luego que no. ¿Han aceptado los hermanos Bermudes reunirse con los demás en el Departamento?

—Claro. Tomarán un taxi.

—Muy bien. Nos veremos allí, entonces. Supongo que la señora Murray no tendrá ningún inconveniente en acompañarnos.

—¿Y Felicia?

—La localizaremos, no se preocupe.

CAPITULO VII

Felicia Owens estaba tumbada sobre una toalla extendida sobre el césped que rodeaba la piscina, leyendo el libro protegido con la cubierta de plástico, cuando algo la privó de su baño solar, una sombra que se proyectó sobre su cabeza y el libro. Esperó un poco, convencida de que era alguien que se había detenido allí casualmente sin darse cuenta de la pequeña molestia que causaba, y que se apartaría pronto.

Como no fue así, alzó la mirada del libro, dispuesta a mirar hacia arriba. Pero de pasada vio junto a ella, sobre la hierba, los grandes pies descalzos, fuertes, nervudos. Sofocada por la indignación, estuvo un instante mirando aquellos pies, y el borde de los pantalones, y finalmente reanudó la lectura.

Larry Dunhill se sentó entonces junto a ella, sobre la hierba, señalando sus pies.

—Me he descalzado para no estropearos el césped. Está muy bien cuidado. ¿Cómo va esa lectura?

Felicia miró lentamente a Larry, que le sonreía un tanto ceñudamente.

—Nunca creí que tuviera usted el valor de volver a ponerse ante mí, teniente —dijo fríamente.

—Lo que esperaba era que preguntases: ¿cómo me has encontrado? Entonces, yo te habría dicho que te he llamado a tu apartamento, y el teléfono no contestaba, he estado allí, para convencerme de que no estabas. Entonces he venido a la piscina más cercana a tu domicilio, y te he encontrado.

—¡Qué policía tan astuto!

—De todos modos, no estoy ante ti, sino a tu lado. Vista de perfil, y tendida boca abajo, estás preciosa. Se te ve una cintura delgadísima, flexible, y unos hombros deliciosos. Y sobre todo, un grandísimo culito respingón. En definitiva, con ese bikini de color azul cielo estás de pena, querida. De pena de amor, se entiende.

El sofoco se intensificó en el rostro de Felicia Owens.

—¿Ha venido usted a burlarse de mí? —su voz sonó aguda.

—De ninguna manera. ¿Cómo estás?

Felicia terminó por sentarse, con las piernas cruzadas, dando cara a Lawrence Dunhill.

—Estoy mal, por si realmente le interesa. Todavía me dura el trauma sexual de anoche. ¿Cree usted que soy de piedra, o una... una golfa cretina que se pone en marcha y frena cuando le conviene una cosa u otra? ¿Eso cree de mí?

—No. Y siento lo ocurrido.

—¡Váyase a la... porra!

—Como dicen los héroes de las películas a la chica difícil: me gusta que tengas mal genio, te embellece —sonrió Larry—. Y si ya te has desahogado un poco, ¿quieres escucharme?

—Dudo mucho que usted pueda decirme algo que me interese. A menos que... que... ¿Lo han encontrado, por fin?

—Te diré algo que sí te interesa, Felicia. Esta mañana tu amiga Linda Carlin me hizo llamar. Estaba muy alterada. Al parecer, alguien le gastó la broma, por cierto inofensiva, de abrir un par de minutos las espitas de gas de su apartamento.

—¿Qué? —respingó Felicia.

—Eso no es todo. A Evelino Gómez le han cortado los hilos del teléfono. A Jess Evans le metieron dos pedacitos de alambre en la cerradura de la puerta de su apartamento, de modo que quedó allá encerrado. A los Bermudes, alguien les ha deshinchado las cuatro ruedas de su coche. Antes de venir aquí, estuve en la casa de los Murray, y me encontré a la señora Murray entre disgustada y asustada: alguien había tirado un par de piedras contra una de sus ventanas, rompiendo los cristales... Por eso te he preguntado si estás bien, si te ha ocurrido algo.

Felicia consiguió salir de su sobresalto.

—Pero... ¿qué estás diciendo? —jadeó.

—¿A ti no te ha ocurrido nada?

—No... No. Al menos yo no he encontrado nada... anormal.

—Pues has tenido suerte, evidentemente.

—Pero yo... yo no... no comprendo.... Larry: ¿qué está pasando?

—Me gustaría explicártelo camino del Departamento. Los demás estarán ya esperando allí. Quisiera volver a hablar con vosotros juntos todos de nuevo.

—¡Me estás asustando!

—Según yo entiendo, ésa es la idea, ésa es la idea: asustaros. Si te parece bien, te espero aquí mismo, leyendo tu libro de Psicología mientras te vistes. ¿De acuerdo. Felicia querida?

—Larry.... ¿por qué me hiciste aquello anoche? ¡Yo estaba que me moría por...!

—Lo siento de veras —murmuró Dunhill—. Pero como te digo, te lo explicaré todo en el coche, camino del Departamento. ¿Sí?

—Está bien.

Felicia se puso en pie, recogió la toalla y su bolso, y se dirigió hacia los vestuarios, seguida por la encandilada mirada de Larry Dunhill. Sí, señor, Felicia.

Owens tenía un cuerpo capaz de detener el corazón de cualquiera. Y leía muy buenos libros.... El teniente de Homicidios tomó el volumen de Psicología forrado de plástico, y se quedó mirándolo.

—Sí —susurró—. Este es un magnífico libro.

Era de suponer que Felicia no tardaría mucho. Estaba deseando tenerlos de nuevo a todos ante él.

* * *

Una cosa es segura —dijo Larry—: todos esos pequeños... accidentes no han sido casuales, no se han producido por sí solos. Considerado cada uno de ellos por separado, quizá podría admitirse esa posibilidad, pero considerados en conjunto sería demasiado casualidad. ¿Están de acuerdo conmigo?

Las siete personas reunidas permanecieron en silencio. Se habían traído sillas, y todos permanecían sentados, distribuidas por el despacito. David Koch estaba de pie junto a la ventana. Larry, sentado tras su mesa.

—Supongo que debo interpretar su silencio como una afirmación — murmuró Larry—, así que llegamos a la inevitable conclusión de que alguien ha provocado esas pequeñas cosas. De acuerdo a la más elemental lógica, yo debo pensar que ha sido uno de ustedes, que quizá ha querido gastar una broma a los demás. Pregunto: ¿quién de ustedes ha sido?

Silencio absoluto.

Larry Dunhill encendió un cigarrillo.

—¿Nadie? —alzo una ceja luego—. ¿Nadie de los presentes ha sido el bromista?

Silencio absoluto.

Larry Dunhill encendió un cigarrillo.

—¿Nadie de los presentes ha sido el bromista?

Silencio absoluto.

—Muy bien —asintió Larry—. Puestas así las cosas, damas y caballeros, sólo podemos llegar a una conclusión, ¿quién ha podido ser, si no?

—No diga tonterías —masculló Jess Evans.

—Señor Evans, yo no acostumbro a decir tonterías. Ni hacerlas. Pero al parecer, ustedes sí las hacen. ¿Se atreve a discutirme esto?

—Bueno, no. pero...

—Escuche, un ataúd con un hombre dentro no desaparece de un bloque de nichos por arte de magia. Hemos buscado hasta el último rincón del cementerio, y no lo hemos encontrado. Luego, a ustedes les ocurren todas esas cosas. Demonios, ¿qué puedo pensar yo sino que el señor Murray les está gastando a todos ustedes la gran broma de su vida?

—Creo que tiene usted razón —murmuró Felicia.

—Claro que no —gruñó Michael—. Arnold no podía salir de ninguna manera del ataúd.

—Señor Bermudes, tengo entendido que el señor Murray es un hombre bastante fuerte. Un atleta más que aceptable. ¿Están todos de acuerdo en esto?

—Sí, pero...

—¿Se apostaría usted conmigo mi! dólares a que yo salgo de un ataúd colocado en un nicho?

—Usted es más fuerte que Arnold —susurró Michael.

—Bueno, posiblemente un poco, pero eso no tiene importancia, para reventar un ataúd.

—No se trataba sólo de alzar la tapa —insistió Bermudes—. Estaba el

techo del nicho, que habría evitado que la tapa fuese alzada lo suficiente para que...

—¿Y por qué alzar la tapa, señor Bermudes?

—¿Eh? —se pasmó Michael.

—¿Por qué no romper el ataúd por la parte de la cabeza? Supongamos que el bromista señor Murray se había provisto de un destornillador, ó una herramienta parecida, y que una vez a solas comenzó a trabajar con ella en la parte de la cabecera del ataúd. Pudo perfectamente causar el destrozo suficiente en las junturas para luego, empujando con las manos, arrancar esa parle del féretro. Todo lo tenía que hacer a continuación era deslizarse hacia delante, ir saliendo del ataúd por la cabecera, hasta llegar a la losa de cemento. Losa que estaba sujeta por cuñas de madera. ¿Creen que desde dentro del nicho se podría empujar la losa y hacerla caer?

—Dios mío, claro que sí —exclamó Felicia.

—¿Están de acuerdo los demás? —preguntó Larry.

Le miraban todos con los ojos muy abiertos. La mirada del policía fue velozmente de uno a otro rostro.

Koch dijo:

—Espero que se den cuenta de que la broma no ha tenido la menor gracia, y que han movilizado ustedes a docenas de policías para registrar un cementerio en el que no había nada que buscar. De todos modos, si el bromista ha sido alguno de ustedes, todavía está a tiempo de decirlo.

Nadie dijo nada.

Larry tomó de nuevo la palabra:

—Muy bien. En lo que a mí respecta, pueden ustedes marcharse. Pero señora Murray —miró a Sarah—, cuando su marido reaparezca explíquele por favor que su broma no ha gustado nada en este Departamento, y que tendrá que atenerse a muy serias consecuencias sobre ella. Cualquier abogado le informará del mal lío en que se ha metido por utilizar indebidamente a la policía. Buenas tardes a todos, y gracias por su cooperación.

Se puso en pie.

Evelio Gómez. Jess Evans y Michael Bermudes también se pusieron en pie. Acto seguido lo hizo Felicia, que se acercó a la silla ocupada por la impresionada Sarah.

—Te acompañaré a casa. Sarah —dijo—. Bueno, creo... creo que todos deberíamos ir con ella. Esta vez no vamos a dejarla sola.

—Tienes razón —dijo Michael.

—Yo tengo cosas que hacer —gruñó Evans.

—¿Te parece que por una vez podemos dejar de ser egoístas. Jess? —Le increpó Felicia—. ¿Acaso lo que tienes que hacer no puede esperar a mañana? ¿O a pasado mañana? ¡Todos tenemos...!

—Está bien, está bien, iré con vosotros.

Pocos segundos más tarde en el despacho de Dunhill sólo quedaban éste y Koch, el cual dijo:

—Tengo entendido que a la señorita Owens no le ha ocurrido ningún pequeño accidente, lo cual fe convierte en la principal sospechosa, ¿no estás de acuerdo?

—Déjate de tonterías. Dave.

David Koch sonrió

—En cierto modo, me estoy divirtiendo —dijo—. Y tengo la seguridad de que la diversión todavía no ha terminado!

—Eres realmente macabro, ¿sabes? —gruñó Larry.

—Hijito, ¡pues anda que tú...!

CAPITULO VIII

Cuando sonó el teléfono del salón de la casa de los Murray todos los allí rendidos lo miraron sobresaltados. Felicia, que era la que estaba más cerca, se acercó al aparato, pero mirando a la dueña de la casa.

—¿Quieres que conteste yo. Sarah?

—¡Ese puede ser Arnold! —Exclamó Jess Evans— ¡Deja que sea Sarah quien conteste!

Sarah titubeó, pero acabó por ponerse en pie y acercarse al teléfono. Descolgó el auricular,

—¿Diga...? ¡Ah, es usted, teniente...! Sí, soy la señora Murray... ¿Hay alguna... novedad? Ya. Bueno, es usted muy amable, pero todos estamos bien. Gracias por llamar. Sí, sí, le... le avisaría inmediatamente si Arnold regresara a casa o me llamara, descuide... Adiós... Adiós.

Colgó el auricular. Evelio Gómez soltó un bufido.

—¡Ese policía ya me tiene harto! —farfulló.

—Yo, de lo que estoy harto, es de estar aquí —dijo Evans—. No te lo tomes a mal, Sarah, comprende lo que quiero decir... ¡todo esto es tan absurdo! ¡No comprendo cómo el idiota de tu marido ha podido meternos a todos en este lio! ¿Qué demonios se estará proponiendo?

—Hay para partirle la cara, desde luego —gruño Michael.

—Ya está bien —protestó Felicia —Con vuestra actitud sólo estáis molestando a Sarah, que no tiene culpa de nada.

—Lo siento mucho —dijo Michael, acercándose a Sarah—. Sarah, no he pretendido molestarte a ti, ya lo sabes.

—Si... Sí, Michael, no te preocupes, En realidad, creo que la egoísta soy yo, por reteneros a todos en casa. Son ya más de las diez de la noche, y todo esto es tan... tan absurdo... llevamos toda la tarde esperando que Arnold llame, y quizá no lo haga nunca.

—¿De qué estás hablando? —saltó Linda Carlin.

—No sé. Pienso... que quizá todo esto haya sido alguna... extraña treta de él para abandonarme.

—Eso es una tontería, querida —exclamo Conchita—. ¡Vaya unas cosas se te ocurren! ¿Por qué habría de abandonarle Arnold? Y si así fuese, ¿por qué habría de hacer tantas tonterías? ¡Con pedirte el divorcio...!

—Conchita tiene razón —dijo Linda—. ¡Oh, Dios mío, yo presiento que algo malo ha sucedido!

—¿Te quieres callar? —la increpo Felicia... ¡Nada más nos faltas tú con tus presagios! Y desde luego, si alguno de vosotros ha sido el autor de las bromitas, que sepa que no ha tenido la menor gracia.

—A ti no te han gastado ninguna «bromita —dijo Michael—. Y me gustaría saber por qué, Felicia.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, nada especial, pero reconoce que es extraño .que nos hayan gastado una «broma» a todos y a ti no.

—Oh, vete al cuerno... Voy a beber agua. ¿Alguien quiere algo de la cocina?

—Pues ya que eres tan amable —dijo Evelio— si nos traes hielo yo tomaría un poco más de whisky.

—Y yo también —dijo Evans.

—Debería ir yo a la cocina... —empezó Sarah.

—Tranquila —dijo Felicia—. Ya voy yo, mujer.

Salió del salón. Hubo unos segundos de silencio. De pronto, Linda murmuró:

—Sí que es extraño que a Felicia no le haya ocurrido ninguna de esas cosas... ¡Es extraño!

—¡Que estás pensando? —preguntó Conchita,

—Pues... nada. Nada. Sólo digo que es extraño.

—Sí que lo es —apoyó Evelio—. Y me pregunto si ese teniente con cara de adivinarlo todo no estará tomando buena nota de ello. Claro que también puede ser que Arnold no haya podido...

—O sea que crees que todo esto lo ha hecho él —exclamó Conchita

—Si no hemos sido ninguno de nosotros, ya me dirás quien ha podido tener parte en este estúpido juego de cementerio...

—Maldita sea la hora en que aceptamos esa estúpida apuesta.

Felicia Owens regreso un par de minutos más tarde, con una cubetera con hielo. Se dio cuenta del silencio, pero no hizo comentario alguno. Jess Evans pregunto quien quería whisky y comenzó a echar cubitos en los vasos ya utilizados de los que aceptaron. Miró a Sarah, que estaba sombríamente silenciosa, y tras vacilar, le llevó un vaso.

—Bebe un poco. Lo necesitas más que nosotros.

—No, gracias, Jess, no quiero...

La luz se apago, de pronto, completamente, sin ningún altibajo. La oscuridad fue súbita y total. Se oyeron los respingos femeninos, y la voz de Evelio diciendo ¡Maldita sea!

—Vaya, hombre —masculló Evans—Ten cuidado Sarah, no se te caiga el vaso...

—No... Ya lo tengo. Debe haberse estropeado algún fusible.

—¿Tienes alguna linterna por aquí?

—No. Tengo una, pero está en la cocina.

—Yo iré a por ella —dijo Felicia—. No os mováis de aquí.

Oyeron sus pasos. La puerta del salón fue abierta, todos notaron el cambio de sonido ambiental. El salón estaba a oscuras completamente, pues las persianas habían sido cerradas antes por Felicia, con la explicación de que quizá algún curioso que hubiera leído algo sobre lo sucedido fuese por allí a fisgonear .. Desde el vestíbulo llegó un leve resplandor reflejándose en el pasillo. Es decir, que era una avería de la casa, no del sector.

La oscuridad fue de nuevo total cuando Felicia cerró la puerta.

Y eso fue todo durante unos segundos; oscuridad y silencio.

De repente el sonido ambiental del salón volvió a cambiar. Ese cambio siempre perceptible que se produce cuando se abre la puerta, no vieron el leve resplandor de antes. La oscuridad era absoluta. O sea que no se había abierto la puerta.

Y, sin embargo, la sensación del cambio de ambiente persistía...

Se oyó algo. Unos ruidos indefinibles. Como si algo se deslizase por el suelo.

Luego, como un suspiro.

Y acto seguido, una voz apenas audible, susurrante:

—Saludos a todos, amigos...

Sarah Murray lanzó un grito, y se puso en pie de un salto. Se oyó el estrépito de un vaso al estrellarse contra el suelo, y la voz tensa, crispada, de Michael

—¿Qué pasa...? ¡Sarah!

—Sarah, querida... —susurro la voz

Un alarido femenino hizo vibrar todo el salón. Un alarido agudo, tremolante.

Afuera, como muy lejos, sonó la voz de Felicia:

—¿Qué pasa? —Gritaba— esperad, ya voy con la linterna

—Je, je, je, je —sonó la risa cascada en el salón.

Linda Carlin comenzó también a gritar Alguien se movió y se oyó un golpe y una imprecación. En seguida, una mesita volcó, y algunos vasos cayeron al suelo. Luego se oyó el gorgotear de la botella de whisky. Por un instante se vio una llamita, y en seguida la voz de Evelio Gómez:

—Se... se me ha caído el encendedor...

En el recuadro de la puerta comenzó a verse un resplandor cuya intensidad aumentó muy pronto. Se oía el rápido taconeo de Felicia acercándose, preguntando que ocurría, quién había gritado...

Vieron el haz de luz en la puerta. El haz de luz dorada que se movió en todas direcciones, y pasó brevemente sobre el rostro de Arnold Murray,, iluminándolo de lleno. La luz paso, pero regresó en seguida al rostro de Arnold Murray.

—¡Dios mío! —grito Felicia.

Arnold Murray estaba sentado en uno de los sillones. Tenía los ojos abiertos, pero fijos, inmóviles; parecían dos bolas de cristal sobresaliendo mucho el rostro.

Su rostro mostraba una mueca de angustia horrible, de desesperación escalofriante. Su rostro, surcado por profundos arañazos que parecían siniestras rayas negras. Las mismas rayas que se veían en sus manos crispadas, agarrotadas. Si, parecían autenticas garras.

La luz se encendió, tan de repente como se había marchado.

En la puerta del salón, linterna en mano, Leticia volvió a gritar:

—¡Dios mío!

La linterna escapó de su mano, rebotó en el suelo, rodó por éste.

Allá estaba Arnold Murray, si, con un aspecto como momificado, espeluznante, horrible, casi fuera del rostro grisáceo los ojos que parecían bolas de vidrio.

Sarah Murray se llevó las manos al rostro, y comenzó a sollozar histéricamente. Linda Carlin estaba lívida como un muerto, y no parecía capaz de reaccionar en ningún sentido. Conchita Bermudes emitió un gemido tremolante y ronco, sus ojos giraron en las órbitas, y la muchacha se desplomó sin sentido al suelo. Su hermano la miró un instante, y en su rostro hubo bruscas crispaciones que parecían dolorosas, como si una fuerza violenta y cruel le estuviese dando tirones de los labios, de todos los músculos faciales... Volvió a mirar a Arnold Murray, y pareció que sus músculos faciales se convirtieran en cables tensados al máximo.

Evelio y Jess, sin sangre en los rostros, miraban entre aterrados e incrédulos a Arnold Murray, que no se movía. Parecía mirarlo todo y no ver nada. La expresión de angustia desesperada en su rostro era horrenda.

La luz se apagó.

Se encendió.

Se apagó.

Se encendió...

Sarah Murray cayó hacia atrás, quedando sentada de cualquier manera en el sillón, y rompió a llorar con un histerismo estruendoso. Linda Carlin reaccionó por fin, lanzando otro alarido tremolante.

—Di-Dios... ben-bendito... —tartamudeó Evelio.

Como un autómata. Michael Bermudes se dirigió hacia donde había caído su hermana, la alzó y la colocó en un sillón, la escena era absolutamente fantástica, irreal, como si fuera un increíble sueño enloquecido.

—Está muerto —murmuró Felicia—. ¡Está muerto!

—¡Cállate! —gritó Michael.

Comenzó a dar cachetes en el rostro de Conchita, que abrió los ojos sin saber dónde estaba ni qué ocurría, pero que, recordándolo de pronto, los desorbitó, y se puso en pie de un salto, casi derribando a su hermano.

Su desorbitada mirada buscó y encontró el cadáver de Arnold Murray.

—¡No! —Chilló—, ¡No has podido salir, no has podido, no has podido...!

—¡Cállate' —gritó Michael, lívido—. ¡Conchita, cállate!

—¡Está aquí! ¡Lo dejamos tapiado allí dentro, pero está aquí...!

—¡Cállate, estúpida! ¡Cállate!

—¡Dijiste que nunca podría salir, que nunca lo encontrarían, que jamás saldría, que nunca...!

La bofetada de Michael Bermudes a su hermana fue tremenda, brutal. Conchita rodó por el suelo, pero sin dejar de gritar.

—¡Nos ha buscado! ¡Está muerto, pero nos ha buscado, ha podido salir, aunque esté muerto, ha podido...!

—Tranquilícese, señorita Bermudes —dijo Larry Dunhill, apareciendo en la puerta del salón—. El señor Murray no ha podido salir: nosotros lo sacamos del nicho.

Sarah Murray alzó la cabeza y se quedó mirando a través de las lágrimas al teniente de Homicidios. Linda Carlin había enmudecido de repente, y sus saltones ojos contemplaban a Larry como si este fuese un fantasma.

—Atiende a la señora Murray, Felicia —dijo Larry—. Ahora ya sabemos que ella no ha tenido nada que ver.

—Sí. Larry.

—¿Qué.... qué es todo esto? —jadeó Jess Evans

—Ya ve, señor Evans: un juego de cementerio, como muy bien lo definió antes el señor Gómez. Un juego de cementerio que todos hemos aprendido a jugar.

—Sarah, no lo mires —decía Felicia—. No lo mires, está muerto. Por favor, no lo mires.

Se colocó entre Sarah y el cadáver de Arnold Murray, ocultando éste a la ahora petrificada mirada de aquélla. El sargento Koch apareció junto a Lam Dunhill.

—¿Los llamo ya, Larry?

—Sí.

Koch se dirigió hacia la puerta de la casa. Ahora, en el vestíbulo, las persianas estaban cerradas.

Michael Bermudes se había dejado caer en un sillón, y escondía el rostro entre las manos. Conchita Bermudes sollozaba con fuertes estremecimientos, fija la desorbitada mirada en el cadáver de Arnold Murray.

David Koch regresó, acompañado por dos hombres que portaban una camilla, en la cual colocaron el cadáver de Arnold Murray, que parecía de cuero. Su rostro estaba horrible, sus ojos como bolitas de cristal reflejaron con siniestra opacidad la luz del salón. Sarah lloraba ahora mansamente. Dos agentes de uniforme aparecieron y se quedaron en la puerta del salón, mientras Koch y Dunhill entraban por fin. Los camilleros se llevaron el cadáver.

Larry se colocó delante de Michael Bermudes.

—Muy bien —dijo con tono neutro— nos vamos cuando ustedes quieran, señor Bermudes.

—Pe-pero, ¿qué... qué está usted... diciendo? —jadeó Evelio.

Larry lo miró apaciblemente.

—¿No lo ha comprendido usted, señor Gómez?

—No... ¡No!

—Pues es muy sencillo: el señor y la señorita Bermudes asesinaron al señor Murray. Y le voy a decir cómo lo hicieron, Les debo a los demás esta explicación, como disculpa por los pequeños sustos que entre el sarmentó Koch y yo les hemos dado esta mañana. Me refiero a sus pequeños «accidentes». Los provocamos el sargento Koch y yo, a fin de colocarlos

mentalmente en una situación de... receptividad de cosas extrañas. Digamos que... estimulamos sus mentes, preparándolas para acopiar, aunque fuese por un momento, cosas imposibles... Y eso es lo que ha sucedido con la señorita Bermudes.

—No —jadeó Conchita—. Yo no he dicho nada, nada...

—Ah, veo que se está serenando. Pero ya es demasiado tarde. Su reacción primera era la que buscábamos. Y la hemos conseguido. ¿O no ha sido usted la que ha dicho exactamente que «lo dejaron tapiado allí dentro»?

—No... ¡No!

—Si lo has dicho —murmuró Felicia—. Lo hemos oído todos, y así lo declararemos.

—Ni siquiera hará falta la declaración de los demás —dijo Larry Dunhill —. Porque el señor Bermudes sí ha comprendido ya que lo hemos descubierto todo, y nos facilitará una confesión completa, en la que incluirá la explicación de los móviles. De momento, sepan ustedes lo que hicieron Conchita y Michael Bermudes... Intervinieron con todos normalmente en la apuesta. Más tarde, volvieron, y sobre la losa de mezcla de cemento sujeta con cuñas de madera, colocaron una lapida vieja de otro nicho, la sujetaron bien con cemento, y luego ensuciaron este, para que no se viese que era nuevo. Así pues, el señor Murray quedó realmente enterrado vivo en un nicho que nadie podría encontrar, ya que estaba sellado por una vieja lápida robada de otro nicho lejano de aquel grupo.

¿Cómo se nos había de ocurrir que el ataúd estaba dentro de un nicho ocupado por alguien cuya lápida vieja de mármol decía que había muerto hacía más de dos años?

—Por el amor... de Dios... —gimió Linda Carlin.

—¿Habéis hecho eso? —preguntó con voz aguda Jess Evans— Michael, ¿lo hicisteis?

Michael Bermudes no contestó, pero lo hizo Larry por él:

—Lo hicieron, señor Evans. Y si yo lo descubrí fue por una auténtica casualidad, por una de esas... extrañas ideas que se le ocurren a uno a veces. Una idea que me llegó con cierto retraso y en un momento verdaderamente inoportuno —miró Larry a Felicia—. La idea me vino de pronto, en cierto dormitorio, y, como he dicho, en un momento inoportuno, pero no tuve más remedio que dejarlo todo con la esperanza de llegar a tiempo. La idea me la proporcionó un libro forrado con plástico opaco, una ce esas fundas que se venden por pocos centavos en todas las librerías. Vi un libro forrado así. Luego, de pronto, recordé que no había podido ver de qué trataba el libro hasta que lo abrí. La funda lo había impedido. Y de ahí, me llegó la idea: ¿qué mejor cosa para ocultar un nicho que una lápida de mármol puesta sobre la losa de cemento o en sustitución de ésta? Así que volé hacia el cementerio, movilicé a quien fue necesario ayudado por el sargento Koch y varios hombres, y finalmente conseguimos los registros de los difuntos enterrados en el grupo de nichos donde todos aseguraban que habían colocado al señor

Murray. Repasados todos los nombres, pronto dimos con uno que no constaba en los registros de aquel grupo. Es decir, que había un nicho cuya lápida decía que había una persona que no debía estar allí, sino en otro grupo de nichos... Por lo tanto, abrimos aquel nicho, previos los permisos correspondientes. Y allá, efectivamente, estaba el ataúd que contenía el cuerpo ya cadáver del señor Murray...

—¡Usted debió decirnos eso! —gritó Evelio.

—Sí, es cierto. Pero, señor Gómez, yo comprendí que alguien estaba jugando sucio, naturalmente. La jugada estaba clara, ¿no está usted de acuerdo?

—Sí... Bueno, sí, pero...

—Si yo les hubiera dicho que habíamos encontrado ya muerto al señor Murray, sus asesinos se habrían sobresaltado un poco, pero no habrían dado un solo paso en falso. Ustedes son siete, y cualquiera de los siete pudo colocar la lápida que, sellando el nicho, dejo este finalmente sin aire, lo cual como se esperaba, fue la causa de la muerte del señor Murray. Pero, en todo esto, hay algo que me... chocó desde el primer momento: encontramos un tubo de somníferos en un bolsillo .del señor Murray. Y cuando le fue practicada rápidamente la autopsia, se comprobó que, en efecto, había tomado somníferos...

—En ese caso.... ¡no debió darse cuenta de que moría! —exclamó Evans.

—Sí, se dio cuenta, señor Evans.

—Pero.... pe-pero... Bueno, yo creo que sí se había procurado ese somnífero fue... para tomarlos en cuanto estuviese dentro del ataúd, pasar la noche durmiendo, y ahorrarse así toda una noche horrible... allá encerrados hasta que fuésemos a buscarlo por la mañana...

—Sí, ésa debía ser la idea. Pero si el señor Murray hubiera tomado el somnífero en cuanto se encontró allá dentro, se habría dormido, y, en efecto, no se habría dado cuenta de nada. Pero se dio cuenta de que le habían... jugado la última broma. Cuando los Bermudes fueron a tapiarlo, lo comprendió. Quizá tardó un poco, pero acabó por comprenderlo. Fue entonces cuando, desesperado, comenzó a arañar el forro del ataúd, a golpear este como pudo, a arañarse la cara enloquecido, posiblemente asfixiándose... Y de pronto, recordó los somníferos, y decidió tomarlos. Si moría, no se daría cuenta. Si por la mañana lo sacaban de allí vivo, y dormido, pues muy bien. Así que, sin duda alguna, lomó los somníferos cuando comprendió que le habían tapiado. Hasta entonces estuvo despierto. ¿Y sabe por qué esperó despierto, señor Evans?

—No... No se me ocurre... No.

—Pues, evidentemente, porque esperaba algo o a alguien, y tenía que estar despierto hasta determinado momento. Aquí es donde ya me pierdo un poco... ¿Qué esperaba? ¿A quién? ¿Por qué tenía que estar despierto hasta determinado momento?

—Para matar a Sarah —sonrió de pronto pérfidamente Michael Bermudes.

—¡Lo sabia! —Exclamó Koch— ¡Sabia que la lógica...!

—¡Es mentira! —Gimió Sarah—. ¡Es mentira, mentira!

—Claro que no, querida Sarah —la miró aviesamente Michael Bermudes — Como de todos modos tendré que confesarlo, os lo voy a decir ahora. Arnold se había enamorado de mi hermana, se había visto a solas muchas veces... Tú eres fea —rió—, y Conchita es preciosa. Arnold estaba loco por ella. Pero si se divorciaba de ti, naturalmente dejaría de poder disfrutar de tu dinero, así que convenció a Conchita para que le ayudara a matarte. Conchita debía ir a las tres de la madrugada a sacarlo de allí, él habría venido aquí, te habría matado, y habría vuelto al nicho. Entonces, habría tomado el somnífero, y ¡a esperar el día siguiente, en que sería un viudo rico! Pero Conchita me contó lo que Arnold había planeado, y entonces yo tuve... una idea mejor. Si Arnold quedaba viudo y rico, tarde o temprano se cansaría de Conchita, y se desharía de ella, incluso quizá tuviera también la idea de matarla. Y, en todo caso, sería él quien fuese rico, no Conchita. En cambio, si quien moría era Arnold, tú quedarías viuda. Y siempre con mucho dinero. De modo que yo decidí que en lugar de morir tu muriese Arnold, casarme yo contigo y pasar a ser rico y tener a mi hermana como una reina. Los Bermudes viviríamos con tu dinero, querida. Oh, estoy seguro que te habría conseguido. ¡Eres tan impresionable, y yo puedo ser tan atento y cariñoso...!

—Y tan asesino —dijo Koch—. ¡Maldita bestia!

—Calma, Dave —susurró Larry Dunhill— Calma.

Miro a Sarah Vanderlin que parecía ahora una estatua de yeso, tan inmóvil y pálida se hallaba.

—Siento mucho haber tenido que recurrir a tan macabros procedimientos para conseguir esto, señora Murray, pero comprenda que de otro modo no habría sido nada fácil, quizá ni siquiera posible... El cadáver de su marido está ahora en el Depósito, y cuando usted quiera puede disponer de él para su sepelio.

Sarah Vanderlin se irguió, aspiró profundamente, sus ojos relucieron rebosantes de odio, y jadeó:

—No pienso gastarme un solo centavo en su entierro. ¡Que se lo lleve el demonio'

—La comprendo a usted —murmuro Larry—. Pero si analiza todo este asunto, verá que cada cual se ha llevado una pequeña lección bien merecida. Espero que hayan comprendido todos que no es nada divertido jugar con espíritus, ni con muertos Francamente, se de muchos juegos más divertidos que los de cementerio.

ESTE ES EL FINAL

Felicia Owens vio los grandes pies descalzos sobre la hierba, junto a ella, y alzó la mirada.

—Hola, ¿qué tal? —Le sonrió Larry Dunhill desde la altura—. ¿Cómo va la lectura del libro de psicología?

—Ese libro ya lo termine. Ahora estoy leyendo otro.

—Ah, estupendo —dijo Larry, sentándose junto a ella—. Te recuerdo que prometiste prestarme ese libro.

—No tengo ningún inconveniente.

—Magnífico, magnífico. Caramba, ¡qué día tan espléndido! Se está muy bien aquí.

—¿Por qué no te pones en bañador y me acompañas',' ¿O estás de servicio?

—No, no. Tengo todo el fin de semana libre... salvo imprevistos muy imprevistos.

—Ya, ya.

—De todos modos, he convenido con Dave Koch que si ocurre algo que requiera la intervención de un tío listo, irá él. A decir verdad, hay poquísimas probabilidades de que me molesten este fin de semana.

—Me alegro mucho por ti.

—He pensado que podría dedicarlo a leer tu libro.

—Lo tengo en mi apartamento.

—Ah. Bueno, podríamos ir a buscarlo.

—Escucha bien, teniente Dunhill —se sentó vivamente Felicia—, ¡no estoy dispuesta a sufrir otra vez un trauma como...!

—No seas tonta —sonrió Larry—. Esta vez no me saca de tu apartamento ni la amenaza de una guerra atómica.

—Entonces —susurró dulcemente Felicia—, vamos a buscar ese libro de psicología... ¡ahora mismo!

FIN